LA OTRA HUMANIDAD



PETER KAPRA

A través del cuarzo de su ventana, Sziffra Khasi contempló el abismo infinito del cosmos. Millones de estrellas le enviaban el mensaje misterioso de su luz.

Orión, Bellatrix, Aldebarán, Betelgeuse…

Ella las conocía a simple vista. La magnitud de su brillo era inconfundible; su inalterable posición en aquel extremo de la Vía Láctea, su color…

Sziffra peinaba sus cabellos negros, pensativa, como si la ventana de su cabina fuese un espejo, en el que estuviera contemplándose.

El silencio era absoluto, casi etéreo, en la estación orbital
«W-X-12»,
y ella acababa de levantarse y aún conservaba su ajustado pijama de color blanco.



Peter Kapra

La otra humanidad

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 374

ePub r1.0

LDS 10.04.19

Título original: *La otra humanidad*
Peter Kapra, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

A través del cuarzo de su ventana, Sziffra Khasi contempló el abismo infinito del cosmos. Millones de estrellas le enviaban el mensaje misterioso de su luz.

Orión, Bellatrix, Aldebarán, Betelgeuse…

Ella las conocía a simple vista. La magnitud de su brillo era inconfundible; su inalterable posición en aquel extremo de la Vía Láctea, su color…

Sziffra peinaba sus cabellos negros, pensativa, como si la ventana de su cabina fuese un espejo, en el que estuviera contemplándose.

El silencio era absoluto, casi etéreo, en la estación orbital «W-X-12», y ella acababa de levantarse y aún conservaba su ajustado pijama de color blanco.

Absorta, mirando el infinito, su mente regresó al lugar a donde se encontraba. Pensó en James Wend, recién llegado a la estación.

¿Qué le sucedía con aquel hombre?

Cuando los presentaron, se habían mirado. Él retuvo de un modo prolongado e insistente la mirada de ella. Apenas si habló. Tomó su mano suave y pareció transmitirle algo con el tacto.

James llevaba ya una semana en la estación.

—Hoy entrará de servicio —se dijo Sziffra, sintiendo que un hormigueo recorría su cuerpo.

¡Iban a estar juntos en el laboratorio de exploración!

Quizá fuese por esto por lo que Sziffra se levantó una hora antes de lo habitual. ¡Tenía tantas cosas que hacer!

Se había lavado cuidadosamente, abusando del gasto de agua. ¡Ah, el doctor Mudek, administrador de la estación, la amonestaría!

Estaba segura de ello. Pero ella quería causar buena impresión al nuevo científico.

James Wend era bioquímico. Ella, geólogo. ¿De qué podrían hablar en las largas horas que debían pasar juntos en el laboratorio?

Antes, cuando estaba el profesor Matthews, Sziffra hacía café en las retortas del laboratorio y hablaban de la Tierra, ¡tan distante para ellos!

«—¿Dónde te gustaría estar ahora, Szif? —Solía preguntarle el comprensivo y humano profesor, a quien ahora había relevado un joven, apuesto y varonil, llamado James.

»—¡En París, de compras!

Y se perdía en divagaciones femeninas que el bondadoso hombre de ciencia comprendía perfectamente, sonriendo siempre.

Con James Wend sería diferente. No podía existir la misma intimidad que con el profesor Matthews. ¡Pobre profesor, tan amable, sonriente, atento y obsequioso! Y ahora debería encontrarse en un hospital de Nueva York, atendido por médicos del Hospital General que habían trazado un signo negativo sobre su expediente clínico.

Sziffra tuvo un pensamiento de lástima hacia el hombre que durante seis meses había sido su compañero de trabajo.

Se quitó el pijama y se vistió, ahora mirándose con ojos críticos en el espejo del tocador. Se vio tal cual era, como una escultura de marfil, esbelta, bien proporcionada, atrayente y de rostro agraciado.

Mientras se ponía la bata azul claro con el anagrama de la estación orbital, pensó, con desaliento que James acababa de llegar de la Tierra. Allí tendría novia, o mujer, y, por tanto, no se fijaría en aquella insignificante geólogo, de mente científica y rígida.

—¡Bah! ¡Divagaciones! —exclamó, de pronto, quizá para evadirse de la nefasta impresión que la iba envolviendo.

Se volvió a mirar al espejo, recogió sus cabellos con la mano, echándoselos primero sobre la oreja derecha y luego sobre la izquierda, para terminar por dejarlos sueltos, en negra cascada que cayó suavemente sobre sus hombros.

Se sentó sobre el revuelto lecho y sacó un par de medias de la mesita de noche. Estiró las piernas y se contempló el torneado de sus tobillos.

Sonrió.

—Para ser un arisco geólogo, no tengo las piernas del todo mal —se dijo—. Creo que no causaré mala impresión a James… Procuraré ser discreta, no hablar mucho, intentaré halagarle un poco, escucharle cuando me hable y… ¡Me perfumaré!

Se puso las medias y los zapatos de suela de goma, reglamentarios, y luego tomó un frasco de «Fantasía», con el que se dio unos femeninos toques en el cuello y detrás de las orejas.

Luego, echó una ojeada en derredor, frunciendo el ceño ante el desorden que reinaba en la cabina, y se dirigió a la puerta. La abrió y salió al pasillo.

Todas las cabinas estaban cerradas.

Aminoró el paso al cruzar ante la destinada al hombre objeto de sus inquietudes y prestó el oído, sin lograr oír nada. James Wend debía de estar durmiendo aún, o quizá se encontraba desayunando.

Este último pensamiento la inquietó. No había pensado en ello.

Había contado con entrar en el laboratorio, mirar a su alrededor y, con naturalidad, sin afectación, decir:

«Buenos días, profesor Wend. ¿Ha dormido usted bien? ¿Cómo ha encontrado usted la estación orbital? ¿Qué le parecen nuestros compañeros de cautiverio?».

Era lo propio, ¿no?

Pero al pensar en que James Wend podría estar desayunando, quizá ante la mesita donde antes se sentara el profesor Matthews, la asustó, porque ella siempre se había sentado en aquella mesita, en el rincón.

¡Y ahora tendría que hablar con James fuera del laboratorio, como en un restaurante de Broadway!

Nerviosa, Sziffra entró en el ascensor neumático que la conduciría al refectorio. La puerta se cerró por sí sola. Luego, se abrió y la joven se encontró ante la puerta de cristales del comedor.

Se quedó inmóvil, confusa, un tanto aturdida, ¡pues en el comedor no había nadie! Ni siquiera estaban los camareros; así como tampoco había nadie en el pasillo.

Entró y se dirigió a su mesa, consultando el reloj eléctrico que había en la pared, sobre la ventanilla de la cocina.

—¿No hay nadie aquí?… Henry… Butti… ¡Es extraño! ¿Es que no se han levantado hoy?

Se acercó a la ventanilla de la cocina y presionó el timbre para

requerir el servicio. Le había ocurrido ya una vez. Los camareros, por alguna extraña razón, no se habían levantado.

Nadie respondió.

Inquieta ya, Sziffra cruzó el comedor y se colocó delante del visófono interior. Dio al conmutador… ¡Y tampoco ocurrió nada! ¡La pantalla no se iluminó!

Volvió a llamar dos veces más, pues sabía que en la cabina de comunicaciones había siempre de servicio un ingeniero y dos ayudantes, y a la tercera vez por fin se iluminó la pantalla y apareció en ella el excitado semblante de un hombre a quien Sziffra había visto muchas veces en las pantallas visofónicas.

—Oiga, Krugg, ¿qué ocurre? ¿Dónde está el servicio?

—¡Perdón, señorita Khasi!… Lo siento… ¿No se ha enterado?

—No. ¿De qué?

—¡Todo el mundo está en la plataforma número uno de observación!

—¿Por qué? ¿Qué hacen allí? ¿Han observado algún fenómeno portentoso?

—Lo ignoro. He querido salir a enterarme, pero… ¡Ya sabe! No puedo moverme de aquí. Parece ser que han encontrado algo extraño flotando en el vacío.

—¿Algún naufragio espacial?

—Algo de eso.

—Bien, gracias. Subiré a ver de qué se trata.

Sziffra cerró el contacto del visófono y abandonó el desierto comedor. Se dirigió hacia el fondo de la habitación y abrió una puerta metálica. Al entrar, una corriente magnética la levantó suavemente, llevándola hasta otra salida superior, que también se abrió para darle paso.

Salió a la «cubierta». Una cinta sin fin llevaba a la plataforma número uno, en la que vio un grupo de personas apoyadas en la barandilla del mirador, las cuales miraban con gran atención.

Allí estaban los camareros, los cocineros, los técnicos del servicio nocturno y la vigilancia espacial. También vio a James Wend, al doctor Mudek, a su ayudante y a la señora Traus, jefe del gabinete de Paleontología cósmica.

Se situó en la cinta metálica y subió de prisa sobre la tensa corredera, hasta la plataforma número uno, brillantemente

iluminada. Y, por si fuese poco, habían encendido los focos exteriores.

Nada más acercarse, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

La señora Traus se volvió.

—¡Oh, querida, qué fantástico! —exclamó.

—¿De qué se trata?

—Hemos descubierto una extraña espacionave flotando en el vacío. La están atrayendo hacia nosotros… ¡Mírela!

Sziffra se acercó al mirador y vio algo que podía ser considerado como un ataúd de piedra gris, o algo semejante, y a cuatro miembros de la vigilancia, con equipos de vacío y sujetos por cuerdas de nilón, que evolucionaban en torno al curioso objeto.

El doctor Mudek, con batín y un micrófono en la mano, estaba diciendo:

—Oiga, Gansk, atienda… Llévenlo hacia la pista «C» y deposítenlo allí. Hay que extremar las precauciones. Es evidente que no se trata de ningún meteorito.

Sziffra se acercó a Mudek y dijo:

—¿Puedo ayudar en algo, doctor?

—¡Ah, hola, Szif!… Sí. Iba a enviar a alguien a llamarla. Vaya a la cabina de equipajes y póngase un traje de vacío. Saldrá usted a la pista «C» y comprobará qué clase de material se ha empleado en la construcción de ese objeto.

—Sí, voy inmediatamente.

El hombre joven y alto, de los cabellos cortos y el rostro inteligente que estaba más allá del doctor Mudek, se volvió entonces.

—¿No será peligroso que la doctora…? —empezó a decir.

—¿Peligroso? —exclamó Sziffra, a punto de echarse a reír ante la salida de James Wend—. ¿Dónde se cree usted que está?

—No sabemos lo que es eso.

—Exacto. Pero yo lo sabré en seguida.

—Quiero decir que… —James Wend se azoró, un poco nervioso—. Es que no me parece labor para una mujer.

—¡Aquí no hay mujeres, doctor Wend! —intervino el doctor Mudek—. Todos somos técnicos… Haga lo que le he dicho, Szif.

Sziffra dio media vuelta para marcharse, pero James añadió:

—¿Quiere que la acompañe, señor? Después de todo, es mi compañera de laboratorio. Hoy empiezo a trabajar con ella y… No quisiera que sufriese ningún percance.

Mudek era comprensivo y replicó:

—Está bien, doctor Wend. Vaya con Szif… Puede que se necesiten también sus servicios. Pero ya está allí la vigilancia. Y esos militares no se arredran ante nada.

James Wend fue en pos de Sziffra. Bajaron los dos por la cinta sin fin de descenso y se dirigieron al interior de la estación orbital. Cruzaron un pasillo, abrieron dos compartimientos y, al cruzar ante la central de comunicaciones, la puerta se abrió y apareció en ella el hombre que poco antes viese Sziffra en la pantalla visofónica.

—Señorita Khasi, por favor. ¿Qué ocurre arriba?

—¡Ah, Krugg! Se trata de un pecio de extraña procedencia.

—¿Un naufragio espacial? —repitió, asombrado, el encargado de las comunicaciones interiores.

—Sí, tenemos prisa. Perdone, Krugg.

Seguido de Wend, Sziffra fue a la cabina de equipos. Penetraron en ella y se colocaron sendos trajes de vacío. No se necesitaba ninguna ayuda para colocárselos. Una vez terminada esta tarea, conectaron las válvulas de oxígeno, después de cerrar los cascos, y pusieron en funcionamiento los intercomunicadores.

—¿Es la primera vez que sale usted al vacío, doctor Wend? —preguntó Sziffra.

—Aquí arriba, sí. En la Tierra hube de efectuar las pruebas antigravitacionales. Era muy divertido.

—Esto lo es más. La sensación es más real, ya lo verá… Venga. Subiremos a la pista «C», por el ascensor exterior.

En aquel mismo pasillo, al salir de la cabina de equipos, había un pequeño ascensor, al cual subieron acto seguido. El aparato se puso en marcha inmediatamente.

Unos metros antes de llegar al techo, éste se abrió en un círculo, mostrando el cielo negro y estrellado, y, al instante, se encontraron pisando con sus botas magnéticas el suelo de la pista de aterrizaje y despegue de la estación orbital, cuya estructura, fabulosa y enorme, parecía estar inmóvil en el espacio.

Aquella grandiosidad impresionó a James Wend, quien miraba de soslayo a su compañera.

—Afirme su cuerda a los garfios, doctor Wend —indicó Sziffra, a través del intercomunicador—. Puede dar un paso en falso y verse flotando en el vacío… ¡Ahí están el coronel Gansk y sus hombres!

James se volvió.

Efectivamente, los cuatro individuos que traían el ataúd, al que empujaban suavemente, aparecieron por detrás de donde estaba la pareja. Al mismo tiempo, en la torre de la estación, se encendió un gran foco.

Sziffra fue al encuentro de los vigilantes, mientras James Wend amarraba su cuerda de nilón a una argolla del suelo, para luego seguir a su compañera.

—¿Qué le parece esto, doctora Khasi? —preguntó el jefe de los vigilantes, coronel Gansk, acercándose a Sziffra y señalando el ataúd, o lo que fuese—. Daría algo por saber si es macizo o está hueco y contiene algo interesante.

Era inútil darle un golpecito con los nudillos para ver si sonaba a hueco. Allí, en el vacío exterior, sólo se podía oír a través de los intercomunicadores individuales.

Los vigilantes depositaron la enorme caja en el suelo, y Sziffra, seguida de James Wend, se acercó a examinarla, viendo que no tenía ningún relieve, sino que era completamente lisa, sin ninguna ranura o tapa para poder abrirla.

—Parece un bloque de cemento —dijo Sziffra—, pero no puedo estar segura aún.

La voz del doctor Mudek, desde la plataforma número uno, llegó hasta ellos a través de la radio:

—¿Cree usted que podemos introducir eso en el laboratorio, doctora?

—¿Qué quiere que le diga? En apariencia, se trata de un bloque de cemento, liso como si fuese de metal. Ignoramos si pesa un kilo o mil toneladas, y ni siquiera sé si está hueco o es macizo.

—Sí, claro. Hay que examinarlo.

—¿Qué opina usted, doctor Wend?

James miró a Sziffra.

—No me parece de origen artificial… Bueno, quiero decir que esto ha podido desprenderse de algún mundo remoto. ¿Quién sabe los siglos que puede llevar girando en el cosmos?

—Presentaría impactos de meteoritos, ¿no cree?

—Sí, tal vez. ¿Por qué no lo entramos en el laboratorio de análisis y lo examinamos mejor?

—¡No, doctor Wend! —habló Mudek, excitado—. Puede ser un peligro para la estación. Eso no entrará hasta que no sepamos qué contiene y los peligros que puede acarreamos. ¡Ahí dentro puede haber un gas, un explosivo…! ¡Incluso un ser extragaláctico!

James Wend se echó a reír.

—¡Por Dios, doctor Mudek; somos hombres de ciencia y no personajes de novela de anticipación! ¿Ha visto usted alguna vez marcianos o seres de otros planetas?

—No quiera usted venir a dárselas de gracioso conmigo, Wend. Estamos a más de doscientos millones de kilómetros de nuestro planeta, y aquí puede ocurrir cualquier cosa. No, soy el responsable de la estación orbital
«W-X-12»
y no quiero correr riesgos.

»Estudien eso ahí afuera, y métanlo dentro cuando estén seguros de que no ofrece ningún peligro. Pidan lo que necesiten para estudiarlo y se lo mandaremos.

—Envíenos un radioscopio, doctor Mudek —habló Sziffra, más sensatamente que James.

—Bien. Va en seguida. Y sujeten eso sobre la pista para que no se nos escape.

Los vigilantes, que eran tropas del ejército al servicio de la estación orbital, empujaron el bloque y lo situaron sobre un lugar de la pista en el que había varias argollas. Allí lo sujetaron con cuerdas de nilón.

Al poco, del ascensor exterior surgió otro personaje, ataviado con traje espacial. Llevaba un complicado aparato en sus enguantadas manos.

Sziffra salió a su encuentro.

—Hola, Terry. ¿Cómo le va? —le saludó.

—Bien, Szif… ¿Qué es eso?

—Ahora lo sabremos… Déme el radioscopio.

Sziffra tomó el aparato que traía el otro y se aproximó de nuevo al curioso objeto, enfocándolo con uno de los ojos magnéticos del aparato.

Accionó unos mandos, ante la curiosidad y expectación de los

presentes, y aguardó unos segundos. Luego levantó la mirada, una extraña mirada de sus ojos.

—¡Se oye un ruido acompasado y rítmico en su interior! —declaró con voz, emocionada.

—¡Llévenselo lejos de aquí, pronto! —Llegó a oídos de todos la voz del doctor Mudek—. ¡Puede contener un alto explosivo! ¡Aprisa, Gansk, desátenlo y láncenlo al espacio!

—¡Aguarden! —exclamó James Wend, deteniendo a los hombres del coronel Gansk—. Eso es una tontería. ¿Por qué ha de haber ahí un aparato de relojería conectado a una carga explosiva?

—¡No se meta en esto, doctor Wend! ¡No podemos correr riesgos! —gritó de nuevo Mudek—. ¡Hagan lo que les digo!

—Posee una pared muy débil. El radioscopio lo indica así. Está hueco por dentro.

—Pues óigame, doctor Wend. Vaya usted al vacío con eso, rómpalo y examine su interior… ¡Pero retírelo de la pista! ¡Si estalla y contiene explosivos podemos pasarlo mal!

—¡Qué necedad! —replicó Wend.

Sin embargo, los hombres de Gansk habían retirado ya sus cuerdas y empujaban el bloque de cemento fuera de la pista de despegue.

Cuando James Wend quiso detenerlos, en el momento en que empujaban aquel extraño ataúd, le dieron un golpe contra el suelo y algo parecido a una grieta se abrió en uno de los lados.

—¡Se ha roto! —exclamó Sziffra—. ¡Aguarden!

Ella misma golpeó con el pie en la grieta y hundió un fragmento del material, parecido a yeso de color gris. Y luego, sin el menor esfuerzo, volvió el bloque hacia arriba, para que la luz diese en el hueco.

Lo poco que pudo ver le hizo lanzar un grito.

Todos se acercaron, para inclinarse sobre ella. Y vieron… ¡parte de una mano humana, un brazo y una extraña ropa, de color rosado, y un escudo!

—¡Es un muerto! —exclamó el coronel Gansk.

—¡No puede estar muerto, porque yo he oído los latidos de su corazón! —exclamó Sziffra, consternada.

Ella intuía que aquel ataúd debía de llevar millones de años viajando por el espacio…

CAPÍTULO II

—Blando como el yeso, doctor Wend.

—¡No me llame doctor Wend! Llámeme James. Somos casi de la misma edad.

Sziffra sonrió con cierta coquetería. Le gustaba la excitación de su compañero de laboratorio, quien paseaba arriba y abajo, enfundado en su bata azul claro, con las manos a la espalda, sorteando las mesas, aparatos y anaqueles del laboratorio.

—Bien, le llamaré James, a condición de que usted me llame Szif como hacen todos.

—¿Qué estarán haciendo en el quirófano?

—Examinando a nuestro extraño difunto.

—¡Pero si no está muerto! Su corazón late; todos lo hemos podido escuchar.

—Pierde usted muy fácilmente la calma, James —declaró ella—. No se excite. Aquí hay que ser paciente. Durante dos años no podemos salir de aquí. Esto es nuestra casa, nuestro pequeño mundo… Y aquí pueden suceder cosas asombrosas…

—¡Como encontrarse a un «muerto-vivo» flotando en el espacio dentro de un sarcófago de cemento!

—De yeso —rectificó Sziffra, a la vez que aplastaba con sus dedos un fragmento del material gris que había envuelto al hombre inerte que yacía ahora sobre la mesa de operaciones del doctor Mudek y sus ayudantes.

—Un «muerto-vivo» —añadió James—, ¿no es para extrañarse?

—Un hombre de ciencia no debe extrañarse de nada. Quizá ese descubrimiento justifique los gastos de nuestros gobiernos para mantener esta estación orbital en el espacio. Hasta ahora, no hemos hecho más que simples comprobaciones de cosas que nuestros

satélites artificiales ya habían descubierto.

—Y lo que más me asombra es su anatomía, semejante a la nuestra. Para un ser extraterrestre es singularmente igual a nosotros.

—Igual a nosotros —repitió Sziffra—. ¡Como que procede de la Tierra!

—¿Puede demostrar lo que dice?

—No, evidentemente —contestó ella—. Pero no olvide que las mujeres tenemos un curioso instinto. Estoy segura de que ese individuo viene de la Tierra.

—¿Y salió volando de allí en un ataúd?

—Debieron de lanzarlo desde alguna nave espacial.

—¿En un sarcófago cuya composición no puede usted establecer?

—¡Sí, esto es una especie de sílice blanco! ¡Alguien ha podido hacerlo, someterlo a quién sabe qué proceso químico y…!

Sziffra se interrumpió. El visófono del laboratorio se había iluminado, zumbando suavemente, y el rostro demudado del doctor Mudek apareció en la pantalla.

—Szif, venga al quirófano, ¡pronto! —indicó en tono perentorio.

—¿Qué ocurre, doctor Mudek?

—¡Algo increíble! ¡Este hombre tiene un corazón de metal!

James Wend y Sziffra se quedaron anonadados al escuchar aquellas palabras. Miraron estupefactos al doctor Mudek y luego se miraron entre sí.

—¿Un corazón de metal? —preguntó James Wend, dejando escapar un silbido.

Un instante después, tanto ella como él volaban, por así decir, hacia la puerta, la abrían y salían a un pasillo. Al fondo había una doble puerta, con mirillas de cristal, la cual abrieron para penetrar en tromba en una estancia circular, intensamente iluminada, en cuyo centro había una mesa de operaciones, un enorme foco, y tres hombres en torno a la mesa, sobre la que descansaba un cuerpo cubierto con una sábana blanca que mostraba manchas de sangre.

El doctor Mudek, sudoroso, nervioso y con mirada extraviada, se dirigió a Sziffra:

—¡Es increíble! ¡Un organismo humano, semejante al nuestro en todo, y cuyo riego sanguíneo está accionado por un motor metálico!

¿Han visto ustedes algo igual?

James Wend se acercó a la mesa de operaciones. A través de la incisión practicada en el pecho del paciente, vio brillar un objeto plateado, como si los operadores se hubiesen dejado algún instrumento en el interior de la herida.

—¿Es posible?… ¿Cómo funciona?

—Desde luego, funciona —dijo uno de los ayudantes del doctor Mudek—. La sangre corre por el cuerpo, aspirada e impelida por ese aparato.

—Será algún descubrimiento reciente, aplicado a un hombre. Existen corazones metálicos —habló Sziffra, intentando hallar una explicación a lo que cada vez se hacía más inexplicable.

—Sí, naturalmente que los hay… ¡Pero tan enormes que no caben dentro de un cuerpo humano! Esto que acabo de ver ahí, con mis propios ojos, ha sido el sueño de todos los cirujanos del mundo. El corazón mecánico… ¿Cómo se sujeta, cómo funciona y por qué?… Eso es lo que no comprendo. No he visto jamás nada igual.

—¿Y no lo vieron en la inspección de rayos X? —preguntó James Wend.

—¡Claro que lo vimos! —replicó Mudek, frotándose el sudor de la frente—. Y creímos que era un corazón normal. No se diferencia en nada al mío, visto por rayos X… ¡Y la diferencia es notable! Mi corazón, sin duda, se detendrá algún día. Y ese aparato, a mi humilde juicio, puede estar funcionando toda una eternidad.

¡Asombrosa declaración!

Todos se miraron, atónitos. Costaba creer tal afirmación. Pero no cabía en mente humana que en un cuerpo pudiese insertarse un corazón de metal.

James Wend, por su parte, examinó la túnica rosada que llevaba el hombre del sarcófago. Aquel ropaje le había extrañado mucho. No pertenecía a ninguna clase de los tejidos conocidos. Incluso su color era curioso y singular.

Lo más prodigioso era el escudo, o lo que todos tomaron por un escudo. Sziffra y él lo habían examinado, llegando a la conclusión de que estaba hecho de acero… ¡Pero pesaba como si fuese de aluminio!

La superficie delantera era brillante, bruñida; sin embargo, sobre ella podían apreciarse unos puntitos oscuros, como excrementos de

pequeños insectos. Examinados tales puntos al microscopio, los científicos de la estación orbital estuvieron de acuerdo en que se trataba de alguna clase de escritura, hecha a base de incisiones.

Se encontraban ante un hombre, de aspecto corriente, facciones algo angulares, pero que podía pasar inadvertido en cualquier lugar de la Tierra, a condición de vestir como un terrícola, y que ahora llevaba unas ropas de origen extraterrestre, de un color jamás visto.

—Doctor Mudek —dijo James, volviéndose al administrador y jefe de la estación orbital—, creo que debemos dejar de asombrarnos con este caso y buscar la explicación a su origen. Todo cuanto rodea el hallazgo de este individuo, las prendas que viste, el escudo y ese objeto… ¿Dónde está la lámpara o lo que sea?

—Lo está estudiando la señora Traus. Lo considera curioso e interesante.

James miró a Terry Igenov, el que había hablado. Días atrás, al llegar a la estación orbital, en sustitución del profesor Matthews, le habían presentado al astrofísico ayudante del doctor Mudek y no le había gustado su aspecto.

Igenov tenía un ojo ligeramente desviado. No era mal parecido, sino fuerte y bien proporcionado, pero había algo en él que repelía.

—¡Todo es curioso, doctor Igenov! —declaró James Wend—. Y la señorita Khasi considera que se trata de un terrestre. —El joven se volvió hacia Sziffra—. ¿En qué se funda usted?

—¡Vamos, vamos, doctor Wend! —le atajó Mudek, nervioso—. Todos son conjeturas gratuitas. Apenas si sabemos nada de ese individuo.

—¿Y por qué le han abierto el pecho, si puede saberse?

—Nos pareció extraño el ritmo de su corazón. No suena como uno de los nuestros —repuso Mudek—. Además, no respira. Está muerto, ¡y vive!

—¿Y su mente? —insistió James.

—Nuestro joven e inexperto bioquímico —habló Terry Igenov, con cierta sorna— está disparando preguntas como si fuese miembro de un tribunal investigador, y nosotros los testigos periciales.

El otro ayudante de Mudek, Durano, un individuo bajito, calvo y de manos gordezuelas, que a James se lo habían presentado como un pozo de ciencia, por dominar la física, la astronomía, la

entomología y la étnica, amén de otras diversas disciplinas, y que hasta aquel momento había permanecido callado, intervino entonces:

—Los hombres inteligentes deben hacer preguntas —sonrió a James y añadió—: No, James Wend, no hay respuesta para nada. Es preciso estudiar más. Quizá no logremos averiguar nunca quién es este sujeto, ni de dónde viene. ¡Pero lo intentaremos!

—¿Y si investigamos todos y después celebramos una conferencia?

—Eso pensaba proponer —declaró el doctor Mudek—. Ahora me encuentro ante el dilema de decidir si debo informar de esto a la base de la Tierra o esperar a saber algo concreto.

—Debemos esperar —contestó Terry Igenov—. ¿Qué vamos a decirles? ¿Qué no sabemos lo que tenemos entre manos, pese a las preguntas de nuestro compañero Wend?

»No sería acertado. Posiblemente querrían saber más detalles. Quizá nos viésemos invadidos por cosmonaves militares llenas de técnicos que no nos dejarían hacer nada. Éste es nuestro descubrimiento, y, tanto sea terrestre como si no lo es, nosotros debemos investigarlo. ¿Para qué estamos aquí?

Hasta James Wend hubo de admitir que Igenov tenía razón.

* * *

Sziffra se retiró del microscopio electrónico y se volvió hacia James.

—Tiene usted razón. James. En la superficie del escudo hay infinidad de incisiones, cuya profundidad varía. Puede que sea una especie de escritura. Hay muescas más hondas que otras, pero el microscopio las revela con claridad.

—¿Coincide usted conmigo?

—Es una teoría, simplemente. Puede que sea lo que usted dice. Un modo de escribir con agujeros, unos más profundos que otros. Pero ¿cómo se lee eso?

—Se me ha ocurrido una idea peregrina. Si supiéramos el significado de cada signo-agujero, podríamos intentar descifrarlo. Hay muchos que son iguales de profundidad.

Sziffra sonrió.

—Quien escribió eso no pudo hacerlo con la punta de un lápiz. El material de que se compone el escudo es un metal desconocido, liviano y durísimo, al que no atacan los ácidos, ni es posible romper a menos que empleemos una fuerza poderosa.

—Pero ¿coincidimos en que es un escrito? —insistió James.

—Sí, a falta de otra explicación, admitámoslo.

Y hasta supongo que ahí deben de haber escrito un mensaje, cuya interpretación nos permitiría conocer la historia del hombre del espacio. ¿Qué ha descubierto usted con el análisis del yeso gris?

James se volvió hacia una mesa, en la que había una especie de horno eléctrico.

—Me han salido unas cifras tan fabulosas que las he dado como imposibles. Estoy repitiendo la prueba con otra muestra.

—¿Qué cifras son ésas? —quiso saber Sziffra.

—Del orden de los veinte mil millones de años.

—¡Inaudito! ¡La Tierra no existía entonces! —exclamó la muchacha, de origen tibetano.

—Desde luego, eso es lo que se supone, y yo lo creo. Pero tenemos la ley de las transformaciones —habló James, pensativo—. Probado, no hay nada.

Y en otros mundos…

—Puestos a fantasear, ¿por qué no admitir que la Tierra ha tenido ciclos evolutivos que se nos escapan? ¿No es eso lo que quiere decir?

—¿Por qué no? —James señaló hacia la ventana del laboratorio, a través de cuyo grueso cuarzo podía verse un rectángulo de cielo negro y brillante, moteado de puntos luminosos—. Vea los mundos. ¿Es el nuestro el único habitado?

—Sin duda que no. Pero la vida orgánica no se ha podido desarrollar en cualquiera de esos mundos del mismo modo que en el nuestro.

—¿Está segura?

—No, claro. ¿Y usted?

—Tampoco, pero conjeturo, divago. Vamos a suponer, sin salir de nuestro ambiente, aunque nos encontremos viajando en torno al sol, que nos hallamos en la Edad Media. ¿Qué opinaríamos ante un individuo como el que hemos encontrado? Supongamos que nos lo encontramos en el campo, dentro de su ataúd.

—No podemos pensar con la mentalidad de la Edad Media —declaró Sziffra.

—¡Es que la Edad Media de nuestra historia es un período impuesto por el hombre! Supongamos que ahora estamos en la Edad Media, y que, por tanto, aún debe venir la Edad Moderna. Me refiero al concepto del tiempo. Y hemos establecido un período de miles de años para la Prehistoria, mil para la Historia Antigua, poco menos de quinientos para la Edad Media y el resto es Edad Moderna. ¿No le parece arbitrario? ¿Dónde empieza y termina la Prehistoria realmente? ¿No pudo existir una época anterior a la Prehistoria, en la que el hombre hubiese alcanzado un desarrollo técnico superior o similar al que nosotros tenemos ahora?

—Vayamos por partes, James —intervino Sziffra, un tanto confusa—. Éste es el principio de la ley de las transformaciones. ¿Supone que existió, hace veinte mil millones de años, otra humanidad?

—¿Hay alguien que pueda demostrarme lo contrario?

—¿Y supone que nuestro hombre del cosmos pudo haber vivido en aquella remota época?

James sonrió.

—Sé que es mucho suponer. Pero el hecho de que lleve un corazón metálico, me hace fantasear con la idea de que ese individuo está «preparado» para vivir muchos millones de años. Prácticamente, con un corazón que jamás se detiene, un hombre podría vivir siempre, teniendo cuidado de reponer los demás órganos, a medida que se fueran desgastando.

—¿Dice usted eso siendo bioquímico? —replicó Sziffra, atónita.

—Precisamente por eso lo digo. Yo mismo he ido estudiando las cosas que sabemos y las que ignoramos, ¡y el número de éstas últimas es infinitamente superior al de aquéllas!

—Sí, de acuerdo. Desconocemos más problemas de los que somos capaces de plantearnos. Pero estamos limitados. Incluso la fantasía debería ser limitada.

—¡No, en cuanto pongamos freno a la fantasía, la humanidad está abocada al fin!… Pero no cambiemos de tema. Szif. El hombre que hemos encontrado flotando en el espacio es un enigma. Y nuestro deber es aclarar ese enigma e informar al mundo de nuestro descubrimiento.

—Perfectamente. Repita su análisis con el carbono… 14; los isótopos radiactivos le están esperando.

James no pudo por menos que sonreír ante la simpatía de su compañera de trabajo en el laboratorio, y agradecer a Dios por haberle deparado un colaborador tan agradable como Sziffra. Si le hubiese tocado en suerte un sujeto como Terry Igenov, los dos años que debía pasar en la estación orbital habrían sido un infierno.

Seguido por ella, se dirigió al horno eléctrico y examinó los indicadores. Inmediatamente, la sonrisa se borró de su semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sziffra.

—Las mismas cifras… Si repito el cálculo encontraré idéntica respuesta.

—¿No cabe un segundo error?

—No. He tomado precauciones… Eso que usted llama yeso gris es una materia que existía ya hace veinte mil millones de años.

—¡Asombroso! —exclamó una voz detrás de la pareja.

James y Sziffra se volvieron, encontrándose ante una mujer, de edad madura, con gafas, seno abultado y rostro simpático.

—¡Ah, señora Traus…! —exclamó Sziffra asustada.

—¿Les he sobresaltado? —preguntó la paleontólogo, sonriente —. Lo siento, créame. Estos zapatos de goma que usamos aquí son tan silenciosos… ¡Forman ustedes una excelente pareja, de veras! ¡Ah, la juventud!

Sziffra se había sonrojado al captar la alusión de la mujer de más edad, la cual sabía que era soltera.

—¿En qué podemos serle útil? —preguntó James, para escapar a los efluvios sentimentales de la señora Traus.

Pero ella, sin responder a la pregunta, continuó:

—Sería maravilloso que surgiera un romance de este laboratorio —rió—: Hágame caso, Szif, no desaproveche el tiempo, ahora que puede. ¿Qué edad tiene?

—Veinticinco años.

—¡Joven, maravillosamente joven! ¡Ah, si yo tuviese tal edad! Estaría casada, con hijos y…

—Y no estaría aquí, en la estación orbital.

—¿Por qué no, mi joven doctor Wend?… Mudek está casado, Matthews también, e Igenov… El único corazón solitario es Durano… ¡Ough, qué hombre más poco agradable es ése!… Usted,

en cambio, doctor Wend, es joven, no más de treinta años, apuesto…

—Treinta y dos —rectificó James, mirando al singular objeto que la señora Traus llevaba en la mano—. Pregunté al doctor Mudek por eso.

—Sí, lo que han dado en llamar lámpara. ¡Ah, esto es muy curioso! Miren. Aquí, en el extremo, hay como un pequeño botón —La señora Traus mostró el objeto hallado dentro del sarcófago, y que parecía un encendedor eléctrico, una linterna de pila o una gruesa pluma estilográfica—. Se oprime el botón y se oye un zumbido en este extremo.

Sziffra y James examinaron el objeto. Aparecía como pintado de oscuro, era liviano y apenas si se podía percibir el botón indicado por la paleontólogo.

—¿Qué utilidad cree usted que puede tener esto? —quiso saber James.

—Tal vez sea un arma… Una herramienta de trabajo… Un objeto doméstico, ¿quién sabe? El doctor Mudek me ha dicho que tenían ustedes aquí el otro objeto.

—Sí, el escudo. Lo hemos examinado al microscopio electrónico.

—¿Han descubierto algo?

—Los pequeños puntos —declaró James— tienen el aspecto de ser algo así como una escritura de incisión.

—¡Muy curioso! Veámoslo.

Sziffra tomó el escudo y se lo dio a la señora Traus, quien lo examinó con atención preconcentrada, dándole vueltas, mirándolo desde todos los ángulos, para preguntar luego:

—¿Puedo verlo al microscopio?

—¿Cómo no? Todo esto se encuentra a su disposición —declaró Sziffra.

—Gracias, Szif. Es usted muy amable.

La mujer fue al microscopio y colocó el escudo bajo el objetivo. Estuvo un rato examinando el objeto con distintos aumentos y después murmuró:

—Coincido con ustedes. Puede ser una forma de escritura… ¡Esto es apasionante!

—Pues le diré más, señora Traus —habló James—. Los análisis efectuados en la substancia que compone el sarcófago dan cifras

inverosímiles.

—¿Entonces…?

—No hay duda de que se trata de una sustancia que ya existía en el estado actual hace veinte mil millones de años.

La señora Traus se volvió, con el estupor pintado en su semblante.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Sí… ¡Y la Tierra no existía en aquel tiempo!

—¡Sorprendente! —exclamó la señora Traus, para añadir—. A mi vez, puedo asegurarles que el hombre objeto de nuestra investigación procede de la Tierra.

CAPÍTULO III

Había mucho bullicio aquel día en el comedor de la estación orbital cuando entró James Wend. Todo el personal técnico parecía estar allí. Eran una docena de personas, entre hombres y mujeres, todos los cuales representaban a las más altas esferas del saber humano.

Físicos nucleares, prestigiosos astrónomos, químicos, biólogos, astrofísicos, cirujanos, geólogos, zoólogos y entomólogos. Entre todos ellos abarcaban diversas ciencias que se habían estimado como necesarias para cumplir una misión en la estación orbital.

James, graduado en una prestigiosa universidad norteamericana, había sido elegido para formar parte de aquel grupo de eminencias, en sustitución del profesor Matthews, que cayó enfermo a los seis meses de permanencia en órbita y hubo de ser trasladado a la Tierra en una espacionave.

La función primordial de todos ellos, en. «W-X-12», era la investigación del cosmos durante dos años, tiempo éste en que se había calculado el periplo por los confines del Sistema Solar.

Se habían previsto expediciones a mundos y satélites del Sistema Solar, para lo cual contaban en la estación con pequeñas cosmonaves de exploración, capaces para cuatro personas, y en los seis meses que llevaban navegando por el espacio habían efectuado ya varias interesantes exploraciones.

El hallazgo más sorprendente, sin embargo, lo habían efectuado aquel día, flotando en el espacio. Y de esto se hablaba en el comedor, expresándose las ideas más atrevidas y absurdas.

En la mesa del doctor Mudek, Terry Igenov estaba diciendo:

—… Admitir que nuestro «zombie»[1] pertenece a una especie humana bastante similar a la nuestra.

—¡No estoy de acuerdo! —protestó Durano—. Es un robot-

humanoide.

—¿Cómo se entiende eso? —preguntó Mudek.

—Sospecho que se trata de un ser humano, sobre el cual alguien ha experimentado una técnica que hasta ahora ignoramos.

—La historia de Frankenstein es una fábula, amigo mío —habló otro científico, desde una mesa contigua.

James, sonriendo, pasó entre las mesas y se dirigió al rincón, donde estaba Sziffra, desdoblando su servilleta.

—¿Qué le parece esto, James?

—Muy animado. Pero veo que no está la señora Traus.

—Es cierto. La supongo tan absorta en su gabinete de paleontología cósmica con los objetos hallados en el sarcófago que habrá olvidado la hora de reponer energías.

—Sería conveniente ir a llamarla.

—Déjela. Eso le gusta.

Sin embargo, cuando se acercó Henry, el camarero, James le dijo:

—La señora Traus no está aquí. ¿Querría usted ir a llamarla a su gabinete?

—Sí, doctor Wend. Lo haré con mucho gusto… ¡Es extraño que no haya venido!

Henry, servicial como siempre, salió del comedor.

—Se llevó el escudo y el lápiz —dijo James—. Me gustaría saber si ha descubierto algo.

—¿Por qué llama lápiz a ese extraño objeto negro? —preguntó Sziffra.

—Por llamarlo de algún modo. No sé por qué, tengo la impresión de que fue utilizado para producir los puntos-letras sobre el escudo, lo cual puede ser una forma de tablilla, como empleaban los antiguos fenicios. Sólo descifrando el secreto del escudo sabremos la verdad sobre…

Un pitido estridente interrumpió a James, quien se volvió.

—¡La alarma! —exclamó alguien.

Todo el mundo se puso en pie bruscamente, mirándose unos a otros con estupor y temor. Nadie supo reaccionar a tiempo, excepto el coronel Gansk, que se lanzó como un bólido hacia el pasillo exterior, gritando:

—¡Calma, calma! ¡Que nadie se mueva!

James Wend, sin embargo, se abrió paso hacia la salida, seguido de Sziffra, la cual había palidecido.

En el pasillo surgieron algunos vigilantes que corrieron hacia donde estaba el control de alarma de la estación orbital. Y hacia allí fue también James, pero se quedó en la puerta.

Dentro, el coronel Ganks exclamó:

—¡Es en el laboratorio de la doctora Traus!

Gansk, los vigilantes y James, seguidos ahora de algunos científicos que habían acudido, corrieron hacia la cabina de la señora Traus. El cuadro que vieron al llegar allí les dejó a todos anonadados.

La puerta estaba abierta, revuelto todo el interior del laboratorio, como si hubiese pasado por allí un tornado, ¡y en la entrada, bañado en su propia sangre, estaba Henry, el camarero!

Gansk le examinó rápidamente y declaró:

—¡Está muerto!… Le han abierto el pecho con un cuchillo.

—¿Y la señora Traus? —preguntó James, entrando en el revuelto laboratorio y mirando a su alrededor.

—¡Aquí no está!

—¡Buscadla! —gritó Gansk, dirigiéndose a sus hombres—. Salga usted de ahí, doctor Wend. Este asunto es de mi absoluta competencia.

—¡El escudo y el lápiz! —exclamó James—. Debe estar por aquí. Hay que buscarlo.

—Se buscará… ¡Ahora, salga, se lo ruego!

James hubo de salir. Gansk, el doctor Mudek y su ayudante Igenov fueron los únicos que quedaron en el gabinete de paleontología cósmica.

Todos los demás hubieron de volver al comedor, haciendo gestos y comentarios.

—¡Qué horrible! —decía un físico.

—Ni siquiera aquí, entre hombres de ciencia, está uno seguro. ¡Somos animales carniceros y hablamos de civilización!

—¡Pobre Henry! —murmuraba Sziffra, pálida como un cadáver.

—Yo he tenido la culpa —se acusó James—. Yo le envié a buscar a la señora Traus.

—¿Usted? —preguntó el doctor Durano.

—Sí. No la vi en el comedor y rogué a Henry que fuese a

buscarla a su gabinete. La supuse absorta en el estudio del escudo.

—¿Es posible creer que en un rapto de locura, la señora Traus haya matado a Henry, yendo después a ocultarse en alguno de los rincones de la estación? —preguntó Sziffra.

—¿La señora Traus, cometer ese crimen? —preguntó un zoólogo —. ¡Inaudito!

A los pocos minutos llegó el doctor Mudek al comedor. Venía demudado y tembloroso.

—Les ruego que me escuchen —dijo—. Se trata de un asesinato y esto es un asunto muy serio. Sobre todos nosotros ha caído una gravísima responsabilidad. No vinimos en circunstancias normales. Somos una expedición científica viajando por el cosmos… ¡Y un hombre ha muerto de manera alevosa!

Nadie replicó.

James se acercó al doctor Mudek y le dijo algo al oído. Éste le miró con sorpresa y en seguida dio media vuelta, para dirigirse a la salida, seguido del joven bioquímico.

Se dirigieron a buen paso hacia el quirófano y entraron en él.

Allí, sobre la mesa de operaciones, estaba el cuerpo del individuo encontrado en el sarcófago, estirado, rígido, cerrada la boca y los ojos, con sus facciones angulares mirando el techo y completamente desnudo.

Sobre el pecho tenía los apósitos que le pusiera Mudek y sus ayudantes, después de haberle examinado el corazón. Pero continuaba tan inmóvil como cuando lo encontraron.

—No, doctor Wend; ya ve que eso es imposible —habló Mudek.

—Sí, eso parece. ¿Está igual que como le dejó usted?

—Completamente igual.

—Perdone, pues. Fue solo una idea. Sin embargo, creo que alguien debería permanecer aquí de vigilancia. Ese sujeto está vivo. Su corazón, sea metálico o no, late, y la sangre riega su mente. ¿Qué ha revelado el examen encefalográfico?

—Nada. Ese cerebro no funciona. Bien, ahora volvamos al comedor.

Salieron del quirófano y cerraron la puerta alejándose por el pasillo.

Pero, si hubiesen vuelto de improviso, un instante después, tanto James Wend como el doctor Mudek habrían quedado estupefactos

al ver que la figura que yacía sobre la mesa se contraía primero, como estremeciéndose, y luego movía lentamente la cabeza.

Sus ojos, se abrieron, ¡los cuales brillaron con tonalidades rojizas!, y sus labios se movieron y de entre ellos surgió una palabra:

—¡Dek!

* * *

Nadie comió.

En la cocina, todo quedó paralizado. Cocineros y sirvientes estaban impresionados por la muerte de Henry. Y fuera, en el comedor, los científicos continuaban haciendo conjeturas a la cual más disparatada.

Una hora después llegó el coronel Gansk, quien entró con el ceño extrañamente fruncido, dirigiéndose a donde estaba el doctor Mudek.

—Lo siento, pero la señora Traus no aparece por ninguna parte.

—¿Qué quiere usted decir, coronel?

—Simplemente eso, ¡ha desaparecido! Mis hombres han registrado todos los rincones de la estación y no han encontrado el menor rastro de ella.

—¿Y el escudo? —preguntó James.

—Tampoco lo hemos hallado. No está en su laboratorio, así como tampoco el objeto que llevaba el hombre del sarcófago.

—¡Ahí debe de estar la explicación del misterio! —declaró James—. Tengo esa corazonada.

Gansk miró al joven con suspicacia y manifestó:

—Usted parece tener ideas concretas acerca de esto, ¿no es así?

—Yo fui quien envió a Henry a buscar a la señora Traus.

—¿Le envió usted? ¿Por qué?

—No vi aquí a la señora Traus. Quería saber acerca de sus investigaciones.

—¿Y por qué no fue usted, en vez de enviar a Henry? ¿Acaso sabía que allí esperaba la muerte? —Gansk tenía todo el aire de un acusador fiscal.

Molesto y enojado por aquella sospecha. James exclamó:

—¿Qué pretende insinuar? Mi interés era puramente científico.

¿Cómo se atreve a suponer que yo…?

—Un hombre ha sido asesinado… ¡Y el asesino está en la estación!

—¡También ha de estar la señora Traus! —exclamó James—. Nadie puede salir de aquí… Y sepa, por si no se dio cuenta, que Henry salió de aquí por encargo mío. Pero yo no fui tras él.

—¡Es cierto! —exclamó Sziffra, interviniendo con calor—. Cuando sonó la alarma, el doctor Wend estaba conmigo.

—¿Y quién dio la alarma? —interrogó Mudek.

—Pudo ser el mismo Henry, al verse atacado. El timbre está junto a la puerta del gabinete. Al sentirse herido, debió de presionar el timbre.

—¿Pero no está protegido por un cristal?

—El cristal está roto y Henry tiene unos cortes en la mano derecha. Tampoco ha sido el arma homicida. Hemos deducido que debieron atacarle con algo punzante, como un cuchillo.

—¿No pudo ser un bisturí? —preguntó James.

—Sí, tal vez —contestó Gansk—. ¿Por qué lo dice?

—Porque… en el quirófano del doctor Mudek hay una vitrina con instrumental quirúrgico. Tal vez falte algún bisturí, o haya alguno manchado con la sangre de Henry.

—Me parece que usted tiene ideas muy particulares e interesantes respecto a este desagradable asunto —remarcó Gansk, mirando con fijeza a James—. ¿Me equivoco?

—El doctor Wend tiene la creencia, infundida por cierto, de que Henry pudo ser muerto por el hombre del sarcófago —aclaró el doctor Mudek.

—¿Por qué? —preguntó Gansk.

—Porque no está muerto. Ese individuo es un enigma para nosotros. Además, según usted, el escudo y el lápiz han desaparecido.

—¿Lápiz? ¿Se refiere al objeto negro, semejante a un cigarro puro?

—Sí. Lo tenía la señora Traus. Y si no averiguamos lo que hay detrás del «zombie», no sabremos nunca quien mató a Henry, ni dónde está la desaparecida paleontólogo.

—Desde luego, esa mujer tiene que aparecer —declaró Mudek—. Es inaudito que en esta espacionave sideral, cuyos rincones

conocemos todos, se pueda ocultar una persona. ¿No habrá salido al espacio exterior?

—En tal caso, la encontraríamos muerta. De la cabina de equipos no falta ningún traje de vacío. Mis hombres, sin embargo, están explorando el contorno. No dejarán de remover todo lo que sea factible de remover. Ahora, señores, les ruego que vayan con cuidado. Donde se ha cometido un crimen, pueden cometerse otros. Vigilaremos y…

—¿Y no sería conveniente regresar a la Tierra y que la policía se encargue de este asunto? —preguntó el doctor Durano.

Nadie respondió. Todos sospesaron la idea. Si Mudek daba la orden, la estación orbital podía ser devuelta a la Tierra. Naves de la policía sacarían a sus moradores y los conducirían a tierra, para ser interrogados. Mientras, los técnicos se harían cargo de la estación «W-X-12» malográndose así una expedición científica que había costado cientos de millones de dólares.

—No lo creo conveniente —dijo, al fin, el doctor Mudek—. Sería terrible renunciar ahora, después de seis meses, cuando todavía tenemos tanto por hacer.

—¿Y qué cree usted que haría la policía? —preguntó Gansk, como ofendido—. ¿Más de lo que hago yo y mis hombres? ¡No lo crea! Por otra parte, mi misión aquí es de vigilancia. Mis hombres y yo estamos aquí para protegerles, y eso haremos… ¡Pero el culpable será encerrado y luego entregado a la policía, a nuestro regreso! ¡Yo me encargo de descubrir al asesino!

Después de decir esto, Gansk salió del comedor.

—¿Y qué hacemos? —preguntó un zoólogo, dirigiéndose a Mudek.

—Vayan todos a sus cabinas. Ya recibirán instrucciones.

Cuando James Wend salía, acompañado por Sziffra, Mudek le retuvo.

—Le agradecería que viniese a mi oficina, doctor Wend. Quisiera hablar con usted.

—Sí, señor. ¿Disculpa usted, Szif?

—¡Cómo no!

* * *

La dirección o despacho del doctor Mudek estaba situado bajo la torre de observación de la estación orbital, justamente ante la plataforma de observación número uno. Pero en aquel complejo técnico, donde el acero adquiría mil formas distintas, bifurcándose por pasillos, galerías, cabinas, camarotes, salas y talleres, era fácil llegar a todas partes por medio de los ascensores magnéticos y neumáticos, tanto verticales como horizontales. Sólo tenía uno que introducirse en una oquedad, o sobre una cinta sin fin, y la maquinaria oculta se encargaba de llevarle a donde quisiera, con sólo presionar un pulsador.

Al entrar en el despacho de Mudek, cuyas paredes estaban acolchadas e insonorizadas, con grandes ventanas de cristales de cuarzo que permitían ver las cuatro plataformas de aterrizaje y despegue, los hangares y las plataformas de observación, el administrador-jefe señaló a James un asiento de suspensión oscilante, especie de mecedora metálica.

—Siéntese, doctor Wend.

—Gracias.

Mudek tomó una cajita de la mesa y se la ofreció a James.

—Como ninguno hemos comido, estas píldoras de alimentos concentrados nos ayudarán a resistir. Tómese unas cuantas. —Él también había tomado varias y se las echó a la boca—. Estamos metidos en un embrollo.

—Lo sé.

—Atienda, doctor Wend. Le he hecho venir porque es usted el único que parece tener ideas diferentes a las de sus propias disciplinas… Empleo las palabras que me dirigió el Presidente del Comité Científico Mundial cuando me nombró jefe de esta expedición. El señor Ivensky me dijo que yo era capaz de pensar en la cirugía y en los pequeños problemas domésticos.

—¿Qué pretende decirme?

—Eso mismo. Usted es como yo. Tiene el cerebro lleno de bioquímica, de fórmulas e ideas científicas, y puede pensar en un asesinato. No está «tocado» aún.

—No, no estoy tocado. Soy capaz de hacer mi trabajo, enamorarme, vivir y soñar.

Mudek sonrió.

—Exactamente. Eso creo de usted. Ahora bien, dígame algo.

¿Cuál es su idea exacta de lo que ha ocurrido aquí?

James sacudió la cabeza negativamente.

—No tengo idea exacta. En mi mente se entremezclan, sin orden ni concierto, una disparatada serie de impresiones, ajenas y propias, que no puedo coordinar aún.

—Pero ¿no tiene formada una teoría básica general?

—Todavía no. Me falla por muchos puntos.

—Tal vez, si cambiamos impresiones, por disparatados que sean, podamos hallar algo que nos oriente. Sus ideas y las mías pueden coincidir, ser análogas, encajar. No tema exponerme cuáles son sus pensamientos. Comprenda que esto es importante y puede dar al traste con la expedición. Mi responsabilidad es grande.

Después de mirar a su jefe durante unos segundos, James habló:

—Barrunto que todo está relacionado con el hombre del ataúd.

—¿Porqué?

—Porque en seis meses que dura esta expedición no había sucedido nada. Y, en pocas horas, todos estamos un poco trastornados. Sigo pensando si la señora Traus, puntual a las horas de comer, no hubiese encontrado o descubierto algo en el escudo o en el lápiz, para demorarse.

»Luego, me digo que alguien, ella u otro, mató a Henry, porque el camarero se presentó en la cabina cuando allí sucedía algo…

—Y usted sospecha que ese algo podría ser alguien, ¿no es así?

—Nuestro hombre no está muerto, sólo aletargado, hibernado o muerto en vida, aunque esto nos parezca un contrasentido. Se me ocurrió que es posible que se despertara, buscara sus objetos personales y, al no verlos junto a él, fuese a buscarlos, quizá porque su mente esté orientada y fija en el objeto de su interés.

»Al parecer, el sujeto no se había movido. Pero no me negará usted que pudo ir desde el quirófano hasta el laboratorio de la señora Traus sin ser visto.

—Pudiera ser… Ese hombre del corazón metálico me preocupa. No está vivo, ¡y, sin embargo, su corazón, su extraño corazón metálico, late! —Mudek frunció los labios, arrugándolos de un modo harto elocuente—. Creo que está usted en el buen camino, doctor Wend. Debe seguir buscando, pensando e indagando, hasta que dé con la solución.

En aquel preciso instante, el visófono que Mudek tenía sobre la

mesa se iluminó y en él apareció el rostro de Terry Igenov.

—¿Qué hay, Terry?

—¡El hombre del ataúd, doctor! —oyó decir James, que no veía la pantalla del visófono—. ¡Se ha movido! ¡Habla…!

—¿Qué?

James se había puesto en pie de un salto.

—¡Vamos allá inmediatamente!

CAPÍTULO IV

Dos soldados de la vigilancia sujetaban al hombre del corazón metálico, manteniéndolo sentado sobre la mesa de operaciones, cuando entraron James Wend y el doctor Mudek en el quirófano. Allí estaba Terry Igenov, extrañamente rígido, señalando hacia el grupo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mudek.

—Está vivo… ¡Habla!… ¡Fíjese en sus ojos! ¡Son rojos como el fuego!

James se acercó. No vio indicios de que el extraño individuo, desnudo de cintura para arriba, pues lo habían cubierto con una de las sábanas del quirófano, diese muestras de resistencia.

—¡Dek, dek, dek, dek…! —decía en tono áspero, ronco, profundo.

Su extraña voz y sus palabras produjeron un efecto nefasto para James, quien miraba aquellos ojos encendidos, como dos luces rojas, de modo incrédulo.

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene?

—No se moleste, señor —dijo uno de los soldados de la vigilancia—. No entiende. Sólo dice una palabra.

Tampoco podía ver James vestigios de inteligencia en la expresión angulosa del extraño individuo. Sus ojos no eran humanos, aunque su cuerpo y anatomía fuese similar a la de un humano.

—Dek… dek… dek… dek… —murmuraba aquel sujeto.

—¿Qué querrá decir? —preguntó el doctor Mudek.

—Sospecho que su mente empieza a despertar —respondió James—. Ahora sería conveniente someterlo a un examen encefalográfico.

—¡Es un ser extraño! —exclamó Terry Igenov—. No nos traerá ningún bien. Estoy seguro de que pertenece a una raza distinta a la nuestra.

—No nos dejemos impresionar, Terry —replicó el doctor Mudek —. Somos hombres de ciencia y debemos estudiar a este hombre. Nos interesa conocer su origen, su raza, de lo que es capaz…

—Observe que sólo pronuncia una palabra —remarcó James—. Dice «dek» o algo semejante. En cambio, su tono fluctúa, es variable, modula ligeramente.

—Dek… dek… dek… dek… —decía el individuo, con insistencia.

—Tiene usted el oído muy fino, doctor Wend —afirmó Terry Igenov, con cierta sorna—. Yo, particularmente, no capto diferencia alguna.

—Eso podemos comprobarlo con un osciloscopio ultrasensible — añadió el doctor Mudek—. Vaya a pedírselo al doctor Durano.

Igenov salió en el momento en que entraba el coronel Gansk, el cual quedó un tanto perplejo al ver al hombre del sarcófago.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Qué ojos!… ¿Qué dice?

—Eso quisiéramos saber —contestó el doctor Mudek.

—Suéltenlo a ver lo que hace —sugirió James.

Los dos vigilantes miraron a su jefe, como pidiéndole parecer.

—Sí, déjenlo libre —añadió Mudek—. No creo que sea peligroso.

Los dos vigilantes soltaron a su presa y retrocedieron unos pasos.

El hombre, al verse libre, movió la cabeza en torno suyo. Luego, se miró a sí mismo, repitiendo siempre su cantinela:

—Dek, dek, dek, dek, dek…

—¡Miren, se ha fijado en su túnica! —exclamó el coronel Gansk.

En efecto, aquel extraño individuo dirigió la mirada hacia la silla en donde yacía su ropaje de color parecido al rosa. Alargó la mano y sus palabras adquirieron un tono más rápido.

Se deslizó de la mesa y quedó de pie. La sábana cayó al suelo y el extraño ser quedó desnudo. Pero se dirigió a la silla, caminando con paso torpe e inseguro, tomó la ropa y, con lentos movimientos, se ciñó aquella prenda al cuerpo, sujetándosela a la cintura, después de haberse cubierto los hombros. Se hizo un raro nudo con dos puntas y luego quedó mirando a sus atónitos observadores.

Se había vestido en contados segundos, y de un modo curioso,

ya que ofrecía el aspecto de un antiguo romano, aunque no era exactamente igual.

—Dek… dek… dek… dek.

—¿Es que no sabe decir otra cosa? —preguntó Gansk, con enojo.

—Apuesto que nos dice algo, pero nosotros no sabemos comprender su lenguaje —declaró James Wend, dirigiéndose hacia el hombre con la mano derecha en alto, en señal de saludo.

«Dek» —pues así había de llamársele—, no se movió. En sus ojos, la luz roja fluctuó como si fuese un «ojo mágico» electrónico. No levantó la mano, ni hizo gesto alguno.

La señal de saludo, universal para todas las razas de la Tierra, no la comprendía aquel individuo. Como tampoco dio muestras de haber comprendido otras señas que le hizo James.

Terry Igenov y el doctor Durano llegaron con un aparato que se movía sobre una mesa con ruedas.

—Ven, amigo —invitó James, yendo hacia él, a la vez qué alargaba la mano para tomarle del brazo.

«Dek» se dejó sujetar y llevar hacia una silla de operaciones.

—Siéntate aquí, amigo.

—Dek… dek… dek… dek… —continuaba murmurando el sujeto.

Era dócil. Se dejó conducir hasta la silla y se sentó, obedeciendo a la presión de la mano de James sobre su hombro.

—No te haremos daño… Acerque eso, doctor Durano.

—Queremos hacerle un examen mental —aclaró Mudek, quien se daba cuenta de que James Wend era quien llevaba allí la iniciativa.

Durano y Terry Igenov asintieron y se pusieron a trabajar.

—Yo no entiendo esto —habló el coronel Gansk—. ¿Qué se proponen hacer con él?

—Estudiarle la mente y las modulaciones de la voz. El osciloscopio nos permitirá conocer la frecuencia de su tono de voz. Al mismo tiempo, le colocaremos un casco catódico en la cabeza y estudiaremos su cerebro. Si piensa, lo sabremos; y si recuerda, estudiaremos sus recuerdos.

—¿Qué quiere decir eso de estudiar sus recuerdos?

El doctor Mudek sonrió, al ver a sus ayudantes preparar la máquina que habían traído.

—Es un sistema secreto que no se ha divulgado aún. Pertenece a la ciencia y el vulgo lo desconoce. Se ha traído a esta expedición para experimentar. En realidad, ya hemos hecho estudios satisfactorios con el «neurómetro» de Piquer-Broger.

—¿Han inventado eso los profesores Hans Piquer y Sven Broger?

—Exactamente. Nuestros compañeros de viaje lo han perfeccionado, pues el invento no es propiamente de ellos. En síntesis, se trata de captar, por medio del influjo magnético-metálico, las ideas que fluyen de ese cerebro.

»Como usted sabe, todos los cerebros emiten radiaciones, y de ahí procede el influjo telepático.

—Sí, algo he oído de eso —afirmó Gansk, sin haber comprendido mucho—. Prosiga, es interesante.

—Pues bien. El «neurómetro» de Piquer-Broger convierte esas oscilaciones magnéticas en imágenes, de forma que, en una pequeña pantalla, podemos ver la forma de la idea que ese hombre tiene en la mente.

—¡Eso es fantástico!

—En efecto, lo es. Pero, como toda creación humana, tiene sus fallos. Si un hombre no quiere, nadie puede leer su mente, con «neurómetro» o sin él. Crea lo que llamamos «interferencias» y se confunden las imágenes. Sin embargo, hemos podido ver los sueños de un individuo dormido, del mismo modo que si estuviéramos viendo una filmación de T. V. en nuestra pantalla.

—En tal caso, mientras un hombre duerme, ¿se podrían ver sus recuerdos?

—Sí. Ése es el único fallo que tiene el «neurómetro». Hay una legislación internacional que nos impide…

—¡Al diablo las leyes! —rugió Gansk—. Lo que dice es fantástico.

—No sueñe, coronel. Imagino lo que piensa… En manos de cualquier desaprensivo, el «neurómetro» le haría poseer un inmenso poder sobre los demás humanos, ¿no es así?

—Aparte el poder, eso de saber lo que hay en la mente de un rival…

—El «C. C. M.» [2] ha tomado medidas oportunas sobre eso, coronel Ganks. De ahí

viene el secreto del aparato, ¿me entiende usted?

—Sí, claro. Pero…

—Además, no olvide que está en experimentación… Ahora vendrá el profesor Broger y lo pondrá en marcha.

Mientras, James, Igenov y Durano habían aplicado el casco a la cabeza de «Dek», y también electrodos a sus sienes, así como a sus muñecas. El individuo se dejaba manejar dócilmente, sin hacer ningún gesto hostil.

Parecía un sonámbulo, mirando siempre al frente con la luz roja de sus ojos, sin dejar de pronunciar el mismo extraño nombre. A veces callaba, quedando mudo unos instantes, para luego seguir diciendo:

—Dek, dek, dek, dek.

—Desde luego, su tono fluctúa —afirmó James, señalando el círculo del osciloscopio—. Fíjense en las ondulaciones de la curva.

—¿Qué demuestra eso? —preguntó Gansk al doctor Mudek, el cual se había acercado a un fonovisor y empujaba el contacto de llamada.

—Demuestra que ese individuo modula sus palabras. Las ondas sonoras de su voz hacen variar la intensidad de la frecuencia… Puede que sea un lenguaje.

—¿Un lenguaje de una sola palabra?

—¿Y por qué no? Yo he visto representaciones teatrales en donde los actores no dicen ni una palabra —dijo Mudek. Y como en aquel instante se encendiera la pantalla visora y apareciera en ella el rostro de un hombre, añadió—: Sven, ¿quiere usted venir al quirófano?

—Sí, voy en seguida.

—Gracias —dijo el doctor Mudek, cerrando la comunicación interior. Se volvió a Gansk, continuando con el tema—: Una palabra puede servir para la modulación de todo un lenguaje. Escuche esto… ¿Sí?… ¡Sí!… Sí, sí, sí… ¿Sí?… Si… Si…

—No continúe, doctor Mudek —exclamó Gansk, sonriendo ante la mímica del otro—. Me ha expresado usted la duda, la afirmación rotunda, la vacilación, y hasta una afirmación negativa. Es cierto. Pero en su rostro he visto los «síies» y he comprendido su significado. La mímica se basa en eso.

—El hombre objeto de nuestro estudio no es, que digamos, un

expresivo. Pero, quizá, las modulaciones de su lenguaje posean una riqueza de matices mucho más amplio que todos nuestros alfabetos juntos.

James Wend, inclinado sobre la pantalla del osciloscopio, corroboró la declaración del doctor Mudek.

—Cierto, coronel Gansk. Jamás he visto una serie tan rica en modulaciones de frecuencia. ¡Es asombroso! Hasta podría decirse que ese individuo habla…, ¡pronuncia palabras distintas, que a nosotros nos suenan todas igual!

* * *

La prueba más espectacular, sin embargo, estaba destinada a ser realizada por el profesor Sven Broger, de origen nórdico, eminencia mundial de la electrofísica, quien manipuló los mandos del «neurómetro» con destreza, ante la creciente curiosidad de sus compañeros de exploración mental.

Broger, a quien James ya conocía, era un hombre de unos sesenta años, alto y de cabellos blancos y revueltos, vivaz, gentil, casi versallesco, cuyos ademanes habían encantado a mucha gente, en especial a la señora Traus, ahora desaparecida misteriosamente.

—Me parece un individuo muy dócil —comentó el científico, aludiendo a «Dek»—. Pero… ¡qué ojos!

—¿Se prestará su mente a nuestro examen? —preguntó Igenov.

—Se presta ya —fue la respuesta de Sven Broger—. Su cerebro está trabajando.

—¡Esta mañana no lo estaba! —argumentó, el doctor Mudek.

—Ahora sé… Atiendan a la pantalla. Puede que veamos algo prodigioso.

Los hombres de ciencia y los soldados de la vigilancia, con su jefe, se acercaron a la pantalla del «neurómetro», en la que empezó a surgir una extraña coloración ambarina.

—¡Su mente palpita! —exclamó Sven Broger.

—Parece como si estuviera despertando… ¡Miren eso!

En la pantalla surgió, primero de un modo borroso y luego haciéndose más claro y nítido, algo que puso los cabellos de punta a más de uno de los reunidos.

Era como una máscara infrahumana, deforme, contrahecha, en

la que se apreciaba una retorcida cavidad, posiblemente bucal; una piel rugosa y áspera y tres grandes ojos, formando un triángulo, que despedían como chispas.

—¿Lo está soñando o lo recuerda? —preguntó Igenov, sobrecogido, mirando de soslayo al inmóvil «Dek».

—Debe de ser una impresión muy fuerte de su mente —explicó Sven Broger—. Se perfila con mucha nitidez… ¡Y vean, mueve los labios como si estuviese hablando!

—Empiezo a sospechar que ese sujeto procede de otro mundo —declaró James—. Eso debió de verlo en alguna parte. En la Tierra no existe nada semejante.

—Silencio… ¡Vean! —susurró Broger.

En la pantalla del «neurómetro» aquellas facciones empezaban a debilitarse, superponiéndose a ellas otra imagen, confusa, que bien podría ser una amalgama de paisajes.

—Centraré las imágenes. Hay exceso de ideas —habló el electrofísico—. Así… ¿Qué les parece eso?

—Parece un paisaje del suelo joviano —comentó el doctor Mudek—. Pero esa coloración rojiza…

En la pantalla pancromática se matizaban perfectamente los colores naturales y podían captarse las distintas coloraciones del rojo al blanco, pasando por el rosa y sus tonos intermedios.

—¡Fantástico! —exclamó el propio Broger—. Ese individuo piensa en su mundo.

—O en otro donde haya estado.

—¡Miren! ¿Qué es eso? —prorrumpió, de pronto, Gansk.

En la pantalla había surgido, súbitamente, un conjunto extraño, visto en perspectiva tridimensional, que tenía una vaga semejanza con una colmena octogonal provista de muchas celdillas.

—¿Es una colmena? —preguntó Durano.

—Mas bien parece… ¡Es una población! ¡Vean estos individuos! ¡Parecen hombres como nosotros!

Al centrarse la imagen, las celdillas aumentaron de tamaño, así como los invitados que caminaban por distintos lugares de aquella especie de colmena.

—¡Jamás he visto nada igual! —barbotó Terry Igenov.

—Ni yo… ¡Es asombroso! —comentó James—. Ese hombre está pensando en su pueblo, lo recuerda y lo ve. Esos seres son

semejantes a él, visten como él y parecen tener sus mismas facciones. ¿No será un recuerdo repetido, una sucesión de un mismo recuerdo?

—No podemos saberlo —repuso Sven Broger.

—Esto es, sencillamente, lo que nos revelan sus ideas. Podríamos seguir profundizando más, dedicarle más tiempo y averiguar más cosas sobre él. Pero mucho me temo que su paciencia se termine.

»Tengo la impresión de que ese individuo está despertando de un largo sueño. Le cuesta recordar. Hay imágenes bien grabadas en su cerebro; en cambio, otras son débiles, confusas.

—¿Qué deduce usted de eso, profesor Broger? —preguntó el doctor Mudek.

—Todos nosotros hemos experimentado esa sensación incierta, insegura, desordenada y extraña del despertar de un profundo sueño. Ha sido preciso que transcurra un breve espacio de tiempo para situarnos, para despertar, en suma. Eso es, a mi juicio, lo que ocurre con ese individuo.

—Una pregunta, profesor —empezó a decir el coronel Gansk—, ¿qué es ese vago relieve que surge, como del fondo de la pantalla?

Sven Broger sonrió.

—Vamos, vamos. ¿No me diga que no ha reconocido usted a todos nosotros? Eso es este quirófano. Las impresiones de la vista del individuo sometido al tratamiento analítico del «neurómetro» van de sus ojos a su mente. Yo, manejando esos diales, rechazo las impresiones directas, que no nos interesan. Eso sería tanto como haber descubierto un espejo indirecto. ¡Para vernos nosotros mismos, a través de la mirada de ese individuo y el «neurómetro», no valía la pena romperse tanto la cabeza!

James Wend, que estaba pensativo, se dirigió al doctor Mudek.

—¿Y si mostrásemos una fotografía de la señora Traus a este hombre?

—¿En que está pensando?

—Pienso —dijo James con calma— en que un sueño prolongado puede producir un estado de semisomnolencia al despertar. En muchas ocasiones, me he levantado de la cama e, inconscientemente, he ido al lavabo, tomado la toalla del anaquel, e incluso me he lavado la boca sin estar despierto del todo.

—No le entiendo bien. ¿Qué quiere decir?

—Que me he despertado del todo después de haber realizado una serie de actos cotidianos y mecánicos. Si ese hombre, medio inconsciente, se despertó y echó de menos alguna cosa, posiblemente, podría ir a buscarla.

—¿El escudo?

—Exactamente. Y si viera de nuevo a la señora Traus, quizá se produjese una reacción en su mente y recordara lo que, tal vez, dejó muy poca impresión en él.

—Comprobaremos eso.

—Hay más. La señora Traus había estado estudiando el «lápiz» de este hombre. Cuando vino a rogarnos esta mañana que le dejásemos examinar el escudo, nos dijo algo que me dejó perplejo.

—¿Qué fue?

—Sus palabras exactas fueron: «Puedo asegurarles que el hombre objeto de nuestra investigación procede de la Tierra».

Esta declaración impresionó a los presentes.

Igenov y Durano, que retiraban el casco y los electrodos que «Dek» tenía en la cabeza y las manos, se volvieron. El segundo dijo:

—Eso no puede ser cierto. El «neurómetro» nos ha demostrado que este hombre procede de un mundo diferente.

James Wend se volvió en redondo, a la vez que decía:

—¿Y cómo puede usted saber el aspecto que tenía la Tierra hace veinte mil millones de años?

Durano abrió la boca, para decir algo, y se quedó así, boquiabierto, atónito.

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó el doctor Mudek.

—Me explicaré. Una vez leí en un viejo manuscrito que en la Tierra existió otra humanidad antes que la nuestra, desaparecida por una gran convulsión geológica. Se trataba de un libro que me prestó un amigo, lama tibetano, y cuyo lenguaje debió ser traducido muchas veces. Era como un testamento escrito por muchos hombres a la vez. Allí todos hablaban referente a lo mismo: ¡el fin del mundo y el nuevo resurgimiento de la humanidad, porque nuestro suelo poseía gérmenes suficientes para reproducir una vez más todo lo que los cataclismos pudieran destruir!

—¡La teoría de Pauwels! —exclamó Durano.

—Nadie ha podido demostrar que no haya existido otra humanidad antes que la nuestra —añadió James, convencido de lo

que decía—. La ciencia y la fantasía andan siempre a la greña, pero en la historia de los grandes avances científicos y técnicos, fue la fantasía la que más nos ayudó.

—Pero ¿usted cree eso, doctor Wend? —preguntó Mudek.

—Sí, creo que existió una humanidad antes que la actual, ¡y ahí tenemos una prueba!

¡James señalaba al hombre del sarcófago!

Capítulo V

Sziffra encontró a James en el salón de lectura. Allí no se podía hablar, por acuerdo de Mudek; así, le hizo una seña y él abandonó la estantería de libros que estaba examinando para salir al pasillo.

—¿Qué hay, Szif?

—Tengo que hablarle… Es muy importante.

La muchacha estaba visiblemente nerviosa, se estrujaba las manos y miraba con recelo a su alrededor.

—¿Qué le ocurre?

—Venga a mi cabina. Quiero que vea algo… ¡Es increíble!

Sziffra se alejó, sin dejar de volver la cabeza con recelo.

James vaciló, pero pronto optó por seguirla. Cuando entraron juntos en un ascensor magnético, él le preguntó:

—Pero ¿de qué se trata?

—Un mensaje escrito en el espejo de mi tocador. Lo he encontrado allí al retirarme.

Salieron del ascensor y avanzaron por el pasillo, hacia la cabina de Sziffra. Nadie les vio. El pasillo estaba desierto y en penumbra.

Ella abrió la puerta de su cabina e indicó a James que pasara. La luz estaba apagada, pero ella la encendió al cerrar la puerta.

—¡Mire en el espejo!

James se acercó. Trazado con un pintalabios, con letra gruesa y bien moldeada, pudo leer:

«Cuando todos duerman, vaya al quirófano, meta al hombre en su sarcófago y láncelo al espacio. Es preciso deshacerse de él inmediatamente. ¡Todos corremos un peligro mortal!».

—¿Quién ha escrito esto? —preguntó James, volviéndose a la doctora en geología, que estaba detrás de él, pálida y trémula.

—Es la letra de la señora Traus. Por lo visto, ha estado aquí.

—¿No la ha visto usted? ¿Dónde se esconde esa mujer?

—No lo sé. Ya le he dicho que encontré eso escrito cuando vine a dormir. ¿No le parece terrible y misterioso?

James no respondió. Volvió a leer el escrito del espejo y se frotó el mentón.

—Eso indica que la señora Traus está viva y se esconde en alguna parte que la vigilancia no ha sabido descubrir. Pero no entiendo por qué se ha dirigido a usted. Era más fácil presentarse al doctor Mudek y explicarle lo que sepa. ¡Aquí sólo nos dice que corremos peligro y que debemos deshacernos de «Dek», nada más!

—La señora Traus debe estar terriblemente asustada. El hecho de comportarse así, lo indica.

—El mismo peligro puede correr estando oculta que…

James se detuvo. Había creído escuchar un roce en la parte exterior de la puerta. Raudo como el pensamiento, se lanzó hacia ella y la abrió.

¡Fuera, sorprendido, estaba Terry Igenov!

—¿Qué hacía usted aquí? —preguntó James, agarrándolo por la pechera.

—¡Suélteme! —exclamó el astrofísico—. ¿Quiere que todo el mundo se entere de que estaba usted en la cabina de la señorita Khasi?

James enfureció y zarandeó al otro con violencia.

—¿Qué se cree usted, estúpido? ¡Szif es una chica decente! Si estaba aquí es por… ¡Entre y véalo! ¡Luego pregunte al doctor Durano, que estaba conmigo en el salón de lectura, el tiempo que hace que he salido de allí!

De un empujón, James metió a Igenov dentro de la cabina de Sziffra, la cual estaba ahora intensamente ruborizada y trémula como una hoja de árbol.

—No crea usted que yo… —empezó a decir.

Indignado, el ayudante del doctor Mudek la atajó:

—¡Esto les costará ser expulsados del
«C. C. M.»!

—Szif me llamó por eso que hay escrito en el espejo. ¡Léalo y calle! —barbotó James, empujando a Igenov hacia el tocador.

Terry Igenov leyó el escrito y luego se volvió.

—¿Qué significa esto?… ¿No es la letra de la señora Traus?

—Sí. Lo encontré al retirarme —explicó Sziffra— Me asusté y fui a buscar a James.

—¿Por qué no fue a decírselo al doctor Mudek?

—No lo sé. James fue el primero que se me ocurrió. Durante la cena me dijo que iría al salón de lectura.

—Eso significa que la señora Traus está escondida y sabe algo. ¡Hemos de decírselo al doctor Mudek!

—Un momento, doctor Igenov —atajó James, cortándole el paso —. Quizá sea mejor estudiar esto sin formar mucho alboroto. Cuando la señora Traus recurre a Sziffra para que, a espaldas de todos nosotros, haga algo como eso, es que no quiere que nadie se entere.

—¿Porqué?

—Pregúnteselo a ella. Yo creo que la señora Traus ha descubierto algo y el miedo la ha inducido a ocultarse.

—¿Dónde? —insistió tercamente Igenov.

—¿Y me lo pregunta a mí? Pero aquí hay algo que ya ha costado una vida, lo cual demuestra que el peligro es real.

—¿No pretenderá decirme que debemos hacer lo que indica ese escrito anónimo?

—Quizá fuese mejor para todos.

—¡No sea ridículo, doctor Wend! «Dek» es un hombre-enigma. La ciencia tiene mucho que estudiar en él. Su corazón metálico es un portento técnico, y su mente encierra un fabuloso mundo de recuerdos que nos pueden aclarar muchas cosas.

—No lo discuto —replicó James—. Pero si su presencia aquí nos ha de acarrear la muerte a todos, ¿no sería preferible hacer algo?

Igenov sonrió con cinismo.

—¡No me diga que tiene usted miedo, doctor Wend!

—No es miedo, sino prudencia. No me siento tranquilo, y mucho menos después de haber leído eso.

—¡Eso es una bobada! ¡Cosas de mujeres! Más le valía a la señora Traus dejar de jugar al escondite y presentarse ante nosotros a exponernos personalmente sus temores.

»En cuanto a ese hombre del remoto ayer, como usted dice, no puede decirse que sea una fiera, sino todo lo contrario. No puede ser más pacífico y sumiso. Hace un momento le he dejado con el doctor Mudek y el profesor Piquer, quienes le someten a un nuevo

estudio con el «neurómetro».

»Nuestro pacífico «Dek» ha comido fruta, carne congelada y se ha tomado un vaso de leche, con lo que dormirá tranquilo esta noche. No ofrece el menor peligro, se lo aseguro a ustedes.

»Ahora, si me lo permiten, me retiraré. Y le aconsejo que haga usted lo mismo, doctor Wend. La cabina de Szif no es la más adecuada para una cita.

Igenov se dirigió a la puerta y James le siguió.

Sziffra se quedó dentro, sin hablar, consternada por lo sucedido y por el mensaje que para ella tenía un sentido fatídicamente proligioso, como si procediera del más allá.

Cerró la puerta por dentro y se sentó al borde de la litera, repasando los últimos acontecimientos y recapacitando sobre sí misma y su conducta.

—James Wend me gusta —dijo en voz baja—. ¡Por eso fui a buscarle, porque le amo y confío en él! ¿Por qué ha tenido que intervenir Igenov?… James le ha tratado con dureza, pero no creo que debió enseñarle ese mensaje… ¿Dónde está la señora Traus?… ¿Por qué, si sabe algo y confía en mí, no ha venido a decírmelo personalmente? ¿A qué peligro se refiere?

Se levantó y miró el espejo. Las letras del carmín bailaron ante sus ojos. Leyó: «¡Todos corremos un peligro mortal!».

—¿Por qué? —se preguntó.

Recordó que Terry Igenov había dicho que el doctor Mudek y el profesor Hans Piquer estaban en el quirófano, examinando a «Dek».

—Se lo contaré al doctor Mudek. Si no lo hago, Terry es capaz de explicarle mañana una versión retorcida de los hechos y mi prestigio quedará en entredicho… ¡Sí, eso haré!

Abrió la puerta y salió al pasillo. Entró en el ascensor y salió, un instante después, al desierto y amplio pasillo que conducía al quirófano.

Antes de llegar a la doble puerta con mirillas observó algo singular. Tuvo la impresión de que dentro del salón circular en donde el doctor Mudek, como cirujano de la estación orbital, tenía instalada su sede particular, se había encendido una luz roja.

Al acercarse más y mirar por una de las ventanillas, un grito de terror brotó de su garganta.

¡Todo el quirófano estaba invadido de un gas rojizo y denso, de

color vivo!

No pudo ver nada a través de la ventanilla. El gas rojo lo invadía todo. Y tampoco osó abrir la puerta. Instintivamente, retrocedió, chillando y alejándose de allí.

Buscó un conmutador de alarma y golpeó el cristal que lo protegía, haciéndose varios cortes en la mano, por no entretenerse en levantar la tapa. Empujó con fuerza el conmutador.

Hecho esto, retrocedió hacia el ascensor más próximo.

La primera persona que acudió, saliendo impetuosamente de un ascensor magnético, fue el ingeniero de telecomunicaciones, Krugg, quien exclamó:

—¿Qué ocurre, señorita Khasi?

—¡El quirófano…! ¡Está lleno de un extraño gas rojo! ¡Puede ser nocivo!

James Wend y Terry Igenov aparecieron un instante después. También llegó el coronel Gansk, provisto de una extraña pistola de rayos «laser», cuyo disparo era mortal a una distancia de diez metros.

Estudiada la situación, Gansk dispuso:

—¡Necesitaremos un equipo de vacío para entrar ahí!… Remy, Kuban, Wagner. —Se dirigió a los soldados que habían llegado atraídos por la alarma—, id a vestiros con equipos de vacío. ¡Pronto!

Acudieron otros científicos y técnicos y el pasillo se llenó de gente. Fue preciso que Gansk diera órdenes para que se retirasen todos.

—¡El doctor Mudek y el profesor Piquer estaban dentro, con el hombre de la mirada roja! —exclamó Terry Igenov—. ¡Puede que hayan muerto!

—Aún no sabemos si ese gas rojizo es mortal —agregó James—. También puede que hayan salido.

—¡Habrían acudido al oír la alarma! —replicó Ganks—. Estoy seguro de que ahí dentro ha ocurrido una tragedia. ¡Pronto lo sabremos! De momento, nos retiraremos de aquí todos y este sector quedará aislado. Sólo mis hombres, equipados convenientemente, podrán entrar. Ellos nos dirán lo que ha ocurrido.

El coronel Gansk tenía razón. Si se abrían las puertas del quirófano, el gas saldría al pasillo —en realidad, parte se estaba

filtrando ya por las ranuras de la puerta, aunque se desvanecía, como licuándose al contacto con el aire exterior— y podría producirse algún incidente.

Se retiraron hacia el pasillo inferior, utilizando los ascensores. Una vez allí, aguardaron a los soldados de la vigilancia, los cuales no tardaron en llegar.

—¡Id al quirófano y ved lo que ha sucedido allí! —les dijo Ganks, por medio de un micrófono.

Los tres hombres asintieron y, como fantasmas plateados, desaparecieron dentro de los ascensores.

—Informadme sobre la marcha —indicó Ganks por la radio—. Que Remy entre primero.

—Sí, señor —llegó la voz del soldado a través del intercomunicador que el servicio de comunicaciones había conectado sin pérdida de tiempo.

Los científicos reunidos en el pasillo inferior se miraban entre sí nerviosamente. Algunos iban en batín, dos de ellos e pijama, y otros en bata, pues debían de estar trabajando en los laboratorios cuando sonó la alarma. También se encontraban allí auxiliares del servicio interior y mecánicos, amén de otros miembros de la dotación.

Sziffra estaba junto a James, pendiente del intercomunicador.

—Voy a entrar. —Todos oyeron la voz de Remy, seguido de una exclamación—. ¿Eh, qué es esto?

—¡Habla, Remy! ¿Qué has visto?

—El gas desaparece, se retira. Acabo de abrir la puerta y no sale hacia el pasillo… ¡Parece como si nuestra presencia lo asustara!

—¿Están ahí el doctor Mudek y el pro…?

—No se ve muy bien todavía. Pero el gas se está disipando —replicó ahora la voz de Kuban, el compañero de Remy—. Sin embargo, no se ve a nadie… Todo está muy revuelto. Hay objetos por el suelo… Muebles, herramientas, cristales y objetos de labora… ¡Ahí se ve algo!

—¡Es el doctor Mudek! ¡Está tendido en el suelo!

—¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé… Voy a examinarle.

—¡Algo más rojo que el gas nos mira a través de la neblina que se disipa! ¡Es el hombre del ataúd de piedra! ¡Está sentado, mirándonos!

—¿Y el profesor Piquer? —preguntó Gansk.

—También está aquí, tendido junto a un aparato… ¡Oh, coronel, tiene sangre en el cuello! ¡Lo han degollado! ¡El profesor Piquer está muerto!

—¡Y el doctor Mudek también está muerto, señor! —añadió Wagner, casi al mismo tiempo que su compañero.

La más viva consternación cundió entre los científicos y personal de la estación orbital al escuchar aquellas palabras a través del altavoz del intercomunicador.

¡Todos comprendieron que la muerte se había introducido dentro de la estación orbital!

Sziffra musitó junto a James:

—Ella nos avisó… ¡El mensaje!

* * *

James Wend, que había participado, algunos años atrás, en la guerra entre Oriente y Occidente, estaba familiarizado con los aspectos más horrendos de la muerte y, por ello, al mirar los dos cuerpos asesinados, supo dominarse.

El coronel Gansk, visiblemente nervioso, tampoco parecía muy afectado. Los más agitados eran el doctor Sven Broger y Terry Igenov, también presentes.

—Si el gas rojo era nocivo —decía Gansk—, no queda ni el menor vestigio.

—Desapareció en contados segundos, señor —habló Remy—. Entramos y se retiró, esfumándose como niebla barrida por el aire.

—Eso es muy significativo —comentó James, mirando al inmóvil «Dek», quien continuaba sentado en la silla, con los brazos colgando hacia el suelo—. Y ese sujeto no parece haberse movido.

—¡Él los ha matado con el bisturí! —chilló Igenov—. ¡Ha sido él, estoy seguro! ¡Y luego nos matará a todos! ¡Hemos de librarnos de él como ha dicho la señora Traus!

El coronel Ganks miró al asustado Igenov y le increpó:

—¿Qué ha dicho la señora Traus? ¿La ha visto usted, acaso?

—No… Pero está oculta, lo sé. ¡Dígaselo, Wend!

James explicó el mensaje del espejo descubierto en la cabina de Sziffra. Gansk se rascó el mentón, al oírle.

—Eso indica que la señora Traus sabe algo. Pero ¿dónde está metida? Lo hemos registrado todo y no hemos podido hallarla.

—Sus hombres no habrán registrado bien —murmuró James—. Sin embargo, dense cuenta de la semejanza que hay entre estas muertes y la de Henry, el camarero. Todos han sido muertos por medio de un objeto cortante… Ese bisturí que hay en tierra, empleado para matar al doctor Mudek y al profesor Piquer, puede haber sido el mismo que se empleó para matar a Henry. ¿Recuerda que se lo dije, coronel?

—Examiné el instrumental y todo parecía estar en orden.

—Alguien mata y se esconde —continuó James—. Y hasta que no lo descubramos ninguno estaremos seguro.

—¡Es él, estoy seguro! —exclamó Igenov, señalando a «Dek»—. Su inmovilidad es aparente. Debió de reaccionar y atacar con lo primero que encontró. ¡Hemos de eliminar a ese sujeto!

Ganks miró a «Dek».

—No habla, no se mueve, no es un ser humano… ¿Qué podemos hacer contra él?

—¡Matarle! ¡Dispárele usted y aniquílelo! —vociferó Igenov.

—No —intervino James—. Ese hombre interesa a la ciencia. Si lo eliminamos perderemos la posibilidad de averiguar de dónde procede, quién es y cómo vive. Es un fenómeno de laboratorio, y, por lo tanto, no podemos considerarlo como un ser humano. ¿Acusaría usted de asesinato a un león que devora a su domador?

—El símil no tiene punto de comparación —repuso Gansk—. Sin embargo, este asunto escapa a mi competencia y autoridad. Será mejor que radiemos a la Tierra lo sucedido y que nos den instrucciones… Remy, envolved los cuerpos del doctor Mudek y del profesor Piquer en sábanas y llevadlos a la cámara, con el cuerpo de Henry. Tú, Wagner, te quedarás allí de vigilancia… Y tú, Kuban, llamarás a toda la vigilancia y registraréis la estación hasta encontrar a la señora Traus. ¡Ha de estar en alguna parte! ¡No dejéis ni un agujero sin mirar, por pequeño que os parezca!

»Salid a las plataformas exteriores, mirad bajo las cintas sin fin, en las máquinas, en el almacén de alimentación, en los tanques de agua. ¡En fin, que no quede nada sin remover!

—Sí, señor.

Los soldados salieron.

James dijo:

—En el laboratorio de paleontología no hemos visto vestigios de gas rojo. ¿Por qué?

—No lo habría.

—O se habría disipado ya cuando nosotros llegamos. La puerta estaba abierta, mientras que ésta se encontraba cerrada. Pienso en que el gas o la niebla roja retrocedió cuando los tres vigilantes abrieron la puerta.

—¿Imagina usted, doctor Wend, que fue la niebla roja lo que asustó tanto a Henry y le hizo tocar la alarma?

—Si Szif obró así, al ver lo que había dentro del quirófano, ¿por qué no pudo hacerlo Henry? —reiteró James.

—Muy plausible —admitió Gansk—. Eso debió de ser. Y nosotros no vimos vestigios de gas porque la puerta abierta debió disiparlo.

—Eso me hace pensar en un gas paralizante e incoloro que se utilizó en la guerra. Lo lanzaron los orientales contra nosotros, logrando inmovilizar a varias divisiones. Pero el viento lo devolvió a sus filas y también paralizó al enemigo.

—Lo recuerdo —declaró Gansk—. ¿Qué tiene eso que ver con esto?

—Quizá el asesino, sea «Dek» o cualquiera de nosotros, dispara ese gas, paraliza a su víctima y luego la aniquila.

—Usted piensa, doctor Wend. Pero dígame una cosa. —Gansk se plantó delante del inmóvil «Dek», quien continuaba murmurando su retahíla monosilábica, como hablando consigo mismo—. ¿Cree usted que este individuo haya podido cometer esos crímenes?

—Si ha sido él o no, no puedo asegurarlo. Y mucho me temo que no lo sepamos nunca, a menos que sea sorprendido «in fraganti». De todos modos, sugiero que se le encierre en lugar seguro.

»En cuanto a lo de telegrafiar a la Tierra, no lo creo conveniente. Alguien podría asustarse allí y darnos la orden de regresar, lo cual sería un desastre, dado el interés científico de esta expedición. Estimo, en interés de la ciencia, que debemos continuar hasta el fin. Cuando me seleccionaron para sustituir al profesor Matthews, me advirtieron de los peligros que podía correr en esos extraños mundos. Yo accedí, y lo mismo hicieron todos ustedes. Pues bien, el peligro ha surgido.

—Sí, tiene usted razón, doctor Wend —admitió Gansk—. Nuestras vidas importan poco… ¡Primero es la expedición! Aunque, como sigan matándonos a los científicos, no sé de qué va a servir la expedición.

»¡Mucho me temo que estas muertes no sean las últimas!

CAPÍTULO VI

Cuarenta y ocho horas de búsqueda intensa por toda la estación orbital no permitieron encontrar a la señora Traus. Veinte hombres removieron todo lo que había que remover y no hallaron nada.

Esto hizo pensar a Gansk que la señora Traus no debía encontrarse en la estación orbital.

—¡Pues tiene que estar en alguna parte! —aseveró James Wend.

—¿Dónde? —preguntó Gansk, furioso—. Le aseguro que no ha quedado nada por registrar. ¡Esa mujer no ha podido hacerse invisible!

—No, evidentemente, no —murmuró James, que se devanaba los sesos intentando hallar una explicación—. No ha salido de la estación porque no falta ningún equipo espacial, así como ninguna astronave auxiliar.

—¡A menos que ella tuviese un traje de vacío, equipado con reactores manuales, y nos esté siguiendo en el espacio! —argumentó Terry Igenov.

—Eso es tan improbable como lo otro —replicó James Wend—. Si no estoy mal informado, todo el equipo de la estación fue revisado cuidadosamente. Sólo se trajo aquí material científico. Mi equipaje fue pesado, registrado y anotado. —Igual que el de todos nosotros— contestó Igenov. —Pero de una cosa estoy cierto. Sí, la señora Traus está a bordo, pues, de lo contrario, no habría podido escribir aquello en el espejo de Szif.

—¿No hay ninguna duda respecto a su letra? —quiso saber Ganks.

—He leído muchos informes de la señora Traus —contestó Sziffra, que también se hallaba presente en la reunión—. No hay la menor duda.

—Yo también conozco la letra de la señora Traus —agregó Igenov—. Fue ella la que escribió en el espejo.

—¿Qué decía? —quiso saber el doctor Durano.

—Corremos un gran peligro, decía a Szif. Le rogaba que fuese al quirófano, metiera a «Dek» en su sarcófago y lo lanzase al espacio.

—Eso significa que ella sabía algo —apuntó el profesor Broger.

—Es evidente —añadió James—. La señora Traus debió de descubrir algo en el escudo. Tal vez pudo leer el significado de los pequeños puntos, y quizá por eso no acudió anteayer a la comida.

—¿Y no puede ocurrir que el asesino de Henry, Mudek y Hans la haya matado, desintegrándola después? —sugirió Sven Broger.

—¿Cree usted que un muerto puede escribir en un espejo, profesor?

—No, claro. Pero la señora Traus pudo escribir su mensaje antes de morir, ¿no les parece?

Por vez primera, Sziffra y James se miraron con ojos muy abiertos.

—¿Fue usted a su cabina durante el día, Szif?

Ella, asombrada de que tal posibilidad no se le hubiese ocurrido, repuso:

—No… Desde que salí por la mañana, no volví para nada.

—¡Ah, creo que vamos aclarando algo! —exclamó Gansk—. Usted salió de la cabina y no volvió. Pero durante su ausencia ocurrieron muchas cosas. Encontramos a «Dek», lo subimos a bordo, lo estudiamos, y la señora Traus investigó el escudo y el lápiz.

—Va usted por buen camino, coronel —decidió James—. Quizá, durante su estudio de los objetos, la señora Traus vio el peligro y tuvo la feliz idea de avisar a Szif, dejándole un mensaje en el espejo.

—Quizá no estuviera en su laboratorio cuando llegó Henry —agregó Gansk.

—¿Quién removió todo aquello?

—El asesino de Henry… ¡El mismo que mató a Mudek y Piquer! —declaró Gansk—. Y acaso ya se había librado de la señora Traus, lanzándola al espacio por alguna escotilla.

—Es muy plausible —admitió James—. Y eso nos hace deducir que el asesino está aquí… ¡Es uno de nosotros!

La consternación invadió a los reunidos. Todos se miraron entre

sí, inquietos. El recelo apareció en todos los rostros y hasta hubo quien se movió inquietamente en su asiento, como Terry Igenov, que balbuceó:

—¡Esto es terrible!

—En pocas horas, murieron Henry, el doctor Mudek y el profesor Piquer —añadió James en tono incisivo—. Sin embargo, han transcurrido cuarenta y ocho horas desde que encerramos a «Dek», y no ha vuelto a suceder nada.

—¡Eso indica que fue «Dek»! —exclamó Igenov, bizqueando más de lo que era habitual en él.

—Eso no indica nada —replicó Gansk—. Quizá el asesino tenía interés en hacernos creer que toda la culpa de lo sucedido era de ese infeliz.

—¿Quién es «Dek»? —quiso saber Sziffra.

—A mi juicio, un sujeto procedente de otro mundo. Un ente del mal. ¡Debemos destruirlo! —exclamó Igenov.

—Yo opino que es un extraño vestigio del pasado. Y, como la señora Traus, estimo que puede proceder de la Tierra, de una época que nosotros no hemos conocido y que ignorábamos incluso que hubiese tenido lugar.

»Permítanme que les haga una disquisición sobre lo que podría ser «Dek». No les entretendré mucho. Aunque mi especialidad es la bioquímica, como todos ustedes saben, me ha interesado siempre la paleontología. Me ha fascinado siempre el remoto pasado de la humanidad, ese ayer misterioso y extraño, perdido en los siglos de los siglos, donde la humanidad tiene su origen.

»Por otro lado, como dijo Spencer, «no hay cálculo exacto en el orden cósmico», yo no he creído nunca que la Tierra fuese siempre como nosotros la conocemos. Debió de transformarse, porque todo se transforma. Ahora bien, en esa transformación pudo desaparecer una civilización humana que, posiblemente, fuese más avanzada que la nuestra.

»Si «Dek» fuese el último representante de aquella humanidad perdida, su caso podría ser resumido así. Deseosos de dejar constancia de su existencia, aquellos «humanos primeros» pudieron injertar un corazón eterno en el pecho de «Dek», meterlo en su sarcófago, que, posiblemente podía ser de acero o de algún metal muy duro, y que el tiempo lo ha convertido en algo semejante al

yeso, por la misma razón que el uranio, al perder isótopos, se convierte en plomo, y enviarle al espacio, situándolo en una órbita que nosotros hemos encontrado por casualidad.

»Siguiendo con mi hipótesis, «Dek» llevaba consigo un relato de su historia y la de su pueblo, escrito en la forma y modo en que lo hacían aquellos hombres «prehistóricos». Yo creo que esa historia está escrita en el escudo, y el lápiz, como yo lo llamo, no es para escribir, sino para leer.

»Y también estoy por decir que la palabra «Dek», modulada de distintas maneras, variando la longitud de frecuencia, son las órdenes que ese hombre debía transmitir a quien le encontrase, para que se interpretara correctamente su mensaje.

»No me cabe la menor duda de que «Dek» es un individuo muerto, sin alma, un «zombie», como le llamó acertadamente el doctor Igenov. Pero nosotros, nuestro ambiente o atmósfera artificial, le han devuelto parte de su vida mecánica, ya que su corazón jamás ha dejado de latir.

»Su mente parece estar despertando, y quizá lo consiga del todo. Pero su alma ya debe estar en el otro mundo. Nos encontramos, pues, con un ser «resucitado», sin voluntad ni movimientos propios, y, por tanto, incapaz de matar.

—Excelente deducción, doctor Wend —habló el doctor Durano —. Pero dígame algo; a su juicio, ¿qué ha motivado la muerte de nuestros colegas?

—También tengo mi teoría sobre eso, pero no la expongo porque me parece en exceso descabellada.

—¿No ha sido «Dek»? —preguntó Gansk a James.

—No, creo que no. Insisto en que el asesino es uno de nosotros.

—¿El asesino de Henry y de los doctores Mudek y Piquer? —preguntó Terry Igenov, con cierta reticencia.

—¿Ha habido otras víctimas, aparte de la probable, o casi segura, de la señora Traus? —retrucó James.

—¡Pues yo no pude ser el asesino! —exclamó Igenov con gesto triunfal.

—¿No?

—No. Puesto que cuando mataron a Henry, yo estaba en el comedor con todos ustedes.

James sonrió.

—Ya he pensado en eso más de lo que ustedes creen. Yo también estaba allí. Sólo faltaba la señora Traus, si no recuerdo mal. Y eso me confunde. Sin embargo, existen procedimientos para matar a un hombre sin estar presente en el lugar del crimen.

—¿Cuál, por ejemplo? —quiso saber Igenov, seguro de sí mismo.

—¡Un cómplice! —declaró James.

* * *

Aquella noche —en realidad, en la estación orbital siempre era de noche, aunque los componentes de la expedición se regían por un horario terrestre—. James y Sziffra se encontraban en la plataforma de observación número tres, bajo de la torre de control, en la cual se movían los navegantes detrás de sus paneles de cuarzo, contemplando las estrellas.

Estaban apoyados en la barandilla, bajo la cúpula de cristal acerado, y las estrellas del cielo les alumbraban débilmente.

La presencia allí de los dos jóvenes científicos era muy sencilla. Habían terminado de cenar, y después James invitó a Sziffra a subir a la plataforma, «a tomar el aire».

En realidad, quería hablar con ella.

—Igenov no parece que haya dicho a nadie que nos vio juntos en su cabina, Szif.

—¿Le importa eso?

—Por usted, sí.

—¿Quiere que le diga por qué no me importa a mí? —confesó ella.

—¿Porqué?

—Porque soy una mujer libre y sin prejuicios.

—¿Y qué más?

—¿Por qué no lo dice usted, James?

Él se volvió a mirarla. Sonrió en la oscuridad y la tomó en brazos.

—¿Porque me quiere, Szif?

—Sí.

—¡Yo también te quiero a ti! ¡Me gustas mucho!

Se besaron.

Era lo más natural.

—¡Te amo, James!

—¡Y yo te adoro, Szif!

Unidos por un fuerte abrazo, casi fundidos entre sí, permanecieron largo rato sin hablar, entornados los ojos, embelesados. Luego, él dijo:

—Te comprendo muy bien. Cuando se ama, no importa lo que digan los demás. Me gustaste desde el primer momento que te vi. ¿Dónde naciste, Sziffra?

—En Lhasa. Mi madre era tibetana y mi padre indoeuropeo. Murió en las primeras guerras de principios de siglo. Yo era una niña. Me cuidaron los monjes y me enviaron a estudiar a París. Por eso estaba en Occidente cuando estalló la guerra. Pero no me hicieron nada. Mi profesor me protegió, diciendo que yo era un talento. Qué tontería, ¿verdad?

—No es ninguna tontería, Szif. Conozco tu historial y eres una de las mejores geólogos del mundo. Gracias a ti y a tus trabajos sobre los terremotos se han evitado muchas desgracias.

—Sí. En Tokio me han levantado un monumento. ¿Lo has visto?

—El del Japón, no; pero he visto el que te levantaron en Atenas. Estás muy guapa.

—Los griegos son muy gentiles.

—También a ellos has favorecido con tu técnica. Ahora, un terremoto no puede sorprenderlos durmiendo. Gracias a ti, pueden saber la intensidad del terremoto antes de producirse. A eso llamo yo una aportación de la ciencia en bien de la humanidad.

—¡Eres muy modesto, James! ¿Por qué no hablas de ti y tu trabajo? Yo también he leído tu historial. Por ejemplo, el premio «Universal», que te fue concedido por tu descubrimiento de la «explea», te valió tu ingreso en la
«C. C. M.»…
¡Has salvado más vidas tú que yo!

—La «explea» no fue un descubrimiento exclusivamente mío. Recogí las experiencias de muchos prestigiosos sabios y…

—¡Pero tú diste con la fórmula exacta de la medicina contra el cáncer!

—No es cierto, Szif. La comisión me nombró a mí por error.

—¡No seas modesto! Pasteur, Fleming, Salk, Urtchov y Wend son los nombres que más se adoran en la química de todos los tiempos.

El cáncer era una plaga y tú acabaste con ella, prolongando en veinte años el promedio de vida de la humanidad.

—¡Y Sheki Yasumura, con su descubrimiento sobre las propiedades nutritivas de las aguas del mar, que acabó con el hambre en todos los pueblos, nos eclipsó a todos! —exclamó James, riendo.

—¡Te hablo en serio, James!

—Pues deja de hablar en serio y vuélveme a besar.

—¿Crees que el coronel Gansk tiene facultades para casarnos?

—¡Oh, tan pronto! —exclamó James, fingiendo asustarse.

—Él es el capitán de la estación orbital. Si nos casamos, podemos pasar juntos el año y medio que nos queda de viaje. Haremos nuestra luna de miel por las estrellas.

—Muy romántico. Y por padrino de boda elegiremos un asesino.

—¡No pienses ahora en eso, por Dios!

—¿Cómo no quieres que piense cuando el doctor Mudek, el profesor Piquer y Henry están aún en la cámara mortuoria? ¿Crees que puedo decir a alguien de a bordo que nos apadrine y luego resulte que es un psicópata homicida?

—¿Supones que puede tratarse de un loco?

—Ha de serlo, forzosamente. Todos somos hombres de ciencia, excepto la tripulación. Este encierro, la oscuridad, el ambiente, la incertidumbre, etc., pueden haber afectado a alguien.

—¿Y la neblina roja?

James no respondió. Se limitó a estrechar a Sziffra contra sí, como si pretendiera protegerla de una amenaza invisible.

—¿Por qué no contestas, James?

—Temo no poder responder a eso. La niebla roja, si es paralizante, no tiene explicación. Yo bien quisiera encontrar respuesta a todo y terminar con esta inquietud que me domina, pero no puedo. Presiento que aún tienen que suceder cosas más terribles aún.

»El coronel Gansk está efectuando un registro minucioso en todos los camarotes, por si encuentra el escudo de «Dek». Eso podría ser una prueba contra alguien, puesto que el escudo y el lápiz han desaparecido.

—¿No pudieron ser lanzados al espacio, junto con el cuerpo de la señora Traus?

—¡No hay evidencia de que la señora Traus haya sido lanzada al vacío!

—¿Cómo explicas, pues, que no esté en la estación orbital?

—Pudo ser desintegrada. En el laboratorio de física hay algunos aparatos y hornos capaces para volatilizar a una persona.

—¿Acusas directamente a Igenov y Durano?

—¡Dios me libre! —exclamó James—. Pero es una hipótesis.

En aquel instante, una sombra surgió detrás de ellos. La pareja se volvió en redondo, pudiendo descubrir a pocos pasos al doctor Durano, quien dijo:

—He oído lo que acaba de decir, doctor James Wend. Y, efectivamente, en nuestro laboratorio hay varios hornos capaces de reducir a pavesas a una mujer como la señora Traus, la cual, dicho sea de paso, bien merecía un castigo semejante. Pero me consta que ni Terry ni yo hemos tenido nada que ver con esa desaparición.

—¿Puede demostrarlo?

—Estuvimos todo el tiempo con el doctor Mudek.

—Pero el doctor Mudek está muerto.

—Terry, Mudek y yo salimos del quirófano juntos, donde habíamos estado toda la mañana, para ir al comedor. Mucha gente nos vio. No estuvimos en el laboratorio de física.

—Entonces, alguien pudo entrar allí y hacer desaparecer a la doctora Traus.

—Eso es otra cosa. Sin embargo, nada pareció ser tocado allí.

—No se sienta usted molesto, Durano. Yo también pude matar a esos infelices. No me excluyo de la posibilidad.

—Hemos pensado en eso. Nos ha parecido sospechoso el interés demostrado por usted en llevar la iniciativa de este asunto. ¿No será para echar tierra a lo que no le interese que se sepa?

»El coronel Gansk parece creer a pie juntillas todo lo que usted dice. Y si usted se permite acusar, en forma de teorías o conjeturas, siendo el más joven y el último en llegar, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo?

—Está usted en su derecho, doctor Durano —respondió James, muy serio—. Puede usted espiar todo lo que quiera. Pero le agradeceré que, si descubre algo, se lo diga al coronel Gansk.

—Lo haré… En más, ya le he dicho que nadie sabe dónde estaba usted en el momento en que Mudek y Piquer fueron asesinados.

Desde luego, en su cabina, no, pese a que se metió en ella cuando salió de la cabina de Szif, en compañía de Terry.

James sonrió.

—Es cierto. No estaba en mi cabina. Fingí meterme en ella, en espera de que su colega Igenov hiciera lo mismo. Pero inmediatamente salí, sin ser visto.

—¿Dónde fuiste? —preguntó Sziffra, sorprendida.

—Fui a la cabina de la señora Traus. Me permití el atrevimiento de hacer un registro. Quise comprobar, en primer lugar, si su escritura era idéntica a la que había en su espejo; cosa que quedó confirmada. Después, me entretuve revisando las notas de la jefe del gabinete de paleontología.

—Eso puede ser una burda coartada —declaró Durano, siempre muy serio y grave.

—Lo admito. Jamás he dejado de reconocer que estoy entre los sospechosos —dijo James—. Pero aquí todos somos inocentes, hasta que no se demuestre la culpabilidad de alguien. Eso hemos convenido.

—¿Incluso «Dek»?

—Incluso él.

—¿Por qué, pues, le tienen encerrado? Tanto el doctor Igenov como yo, y otros científicos, quisiéramos investigar con él.

—Lo desapruebo. Se acordó que le mantendríamos encerrado, por si él tuviese algo que ver con esas muertes. No hay que descartar que «Dek» pudo degollar a Hans Piquer, al doctor Mudek y abrirle el pecho a Henry. Tampoco es improbable que, al igual que posee un corazón metálico, tenga el poder de despedir gas por los ojos, para aturdir, paralizar y poder matar impunemente.

—¡Eso es nuevo; no te lo había oído! —exclamó Sziffra.

—Se me acaba de ocurrir —declaró James—. Quizá sea ésa la defensa de «Dek»… La niebla roja nos impide ver a nosotros. Pero sus ojos quizá puedan ver en ese ambiente. ¡Hay que comprobar esa posibilidad! ¿Quiere usted acompañarme, doctor Durano? Avisaremos al coronel Gansk.

—Sí, iré con usted. Para disipar las sospechas que puedan recaer contra mí, ayudaré a esclarecer los hechos con todo mi saber. Vamos.

Abandonaron la plataforma de observación y descendieron por

una cinta sin fin.

¡Y ninguno se dio cuenta de que alguien, oculto en las sombras, había estado muy cerca de ellos, provisto de algo parecido a un puñal!

¡La muerte, por una vez, había fallado el golpe!

CAPÍTULO VII

El soldado Wagner estaba de guardia ante la puerta del compartimiento donde se había encerrado a «Dek».

Saludó a su jefe, al acercarse el grupo de científicos.

—Abre, Wagner. Venimos a ver a ese hombre.

Wagner abrió la puerta.

Todos pudieron ver a «Dek», sentado delante de la mesa, comiendo despacio, con ademanes mecánicos.

James, sin embargo, creyó ver que «Dek» les miraba fugazmente cuando entraron, para seguir luego con su comida.

—¡Se ha fijado en nosotros! —exclamó James.

—Yo no he visto nada —declaró Durano.

—Habrán sido figuraciones mías. Tiene unos ojos tan raros, sin diafragma…

—Sí, parecen cuentas de cristal rojo brillante. —El coronel Gansk se inclinó sobre «Dek», por encinta de la mesa, y le miró fijamente a los ojos. Luego, dijo—. No veo por dónde pueda salir niebla de aquí. ¡Es una necedad eso de decir que este sujeto llora gas!

James, sin embargo, tomó la cabeza de «Dek» y se la volvió hacia arriba, examinándole con una lente de gran aumento que había traído consigo.

«Dek», como siempre, no opuso la más mínima resistencia, dejándose examinar los ojos sin parpadear siquiera.

—¡Esto es un muerto! —remarcó Durano, fastidiado—. ¿Ha visto algo, doctor Wend?

—Nada… ¡Qué ojos más asombrosos! ¡Vean estas finas estrías de un rojo más fuerte! Parecen como finas venas.

«Dek» acabó de masticar el alimento que tenía en la boca y

murmuró:

—Dek… dek… dek…

—¿Qué quieres decir? —exclamó el coronel Gansk, exasperado.

El otro, sin mirarle siquiera, continuó su retahíla monocorde.

—¡Hay para desesperarse con él! —prorrumpió Durano.

—Y, sin embargo, pretende decirnos algo. ¿Quiere que examinemos de nuevo su cabeza? He estado pensando que Piquer y Mudek debieron de descubrir algo importante. Quizá fuese eso la causa de su muerte.

El razonamiento de James pareció preocupar a los presentes.

—Es posible —admitió Durano—. ¿Traigo aquí el «neurómetro»?

—Sí, vaya a buscarlo. Y que venga también el doctor Broger.

Durano salió.

Sziffra se inclinó entonces delante de «Dek» y le estuvo estudiando durante un rato. El hombre comía despacio, maquinalmente, llevándose los alimentos a la boca con la cuchara, como quien practica un rito, sin gestos bruscos ni ademanes que no tuvieran relación con la comida.

—Si está muerto, come como vivo —habló Sziffra.

—El cerebro de este hombre debe de estar despertando, pero mucho me temo que no despierte más de lo que está. Según mi teoría, si esté individuo, como representante de su raza, fue enviado al espacio para testimoniarnos la existencia de aquella humanidad desaparecida en el tiempo, los científicos de entonces debieron de suponer lo que iba a ocurrir.

—¿Que si le encontraban no sería comprendido?

—Exactamente. O bien que podían encontrarle infinidad de razas distintas, cuyos lenguajes no serían iguales.

—Y debieron prever eso, ¿verdad? —inquirió Gansk.

—Es lógico. Por eso estoy pensando que, en la posibilidad de que este individuo perdiese totalmente la noción de las cosas, influyeron sobre él de algún modo… ¡Y pienso si aquel rostro horrible que vimos en la pantalla del «neurómetro» no sería la impresión que le hace estar ahora diciendo constantemente «dek», «dek», «dek»!

—Quizá, «dek» quiera decir algo… Un objeto… el lápiz o el escudo…

James miró fijamente a Sziffra, sorprendido.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Ése puede ser su mensaje! ¡«Dek» puede ser el objeto o los objetos que tenía en la mano! ¿Tiene alguien un papel? Voy a efectuar una prueba.

No tenían papel, pero Wagner les dejó la cartulina del relevo de vigilancia, y James, con su pluma electrónica, de trazo al carbón, boceto algo que parecía el escudo que encontraron en manos de «Dek».

Luego, le mostró el dibujo a éste, fijándose en sus ojos.

—¿Dek?… ¿Dek?… ¿Dek?…

—¡Ha cambiado el tono de su palabra! —exclamó Sziffra.

Efectivamente, el hombre de los ojos encamados parecía preguntar, en vez de afirmar. Su tono era diferente.

En aquel momento regresó Durano, acompañado del profesor Sven Broger y Terry Igenov. Entraron y Broger dijo:

—El «neurómetro» no funciona. Está inutilizado.

—¿Cómo es eso?

—Lo acabo de comprobar ahora mismo. Como saben, cuando murieron Piquer y Mudek, el aparato había sido volcado. Yo estuve comprobando si se había roto algo, pero todo parecía en orden. Hace un instante, sin embargo, he descubierto que le falta una pieza de difícil sustitución… ¡El «ciclotor» ha sido arrancado!

—¿Y eso qué es?

—La pieza fundamental que transforma las radiaciones mentales en influjos magnéticos, para pasar a la pantalla catódica —contestó Broger.

—¿Y no hay modo de reponerla?

—Hasta dentro de quince años no habrá sido posible fabricar otra. Sepan que el «ciclotor» desaparecido nos costó más de veinte años fabricarlo. Mi padre me dejó más de la mitad del trabajo hecho.

—¿Y quién sabía esa particularidad?

—Muchos científicos… En los primeros días de este viaje, di una conferencia a mis compañeros sobre el «neurómetro». ¿La recuerdan ustedes?

—Sí, fue muy interesante —contestó Terry Igenov.

—Bueno, el caso es que no podemos seguir leyendo en el cerebro de este hombre.

—Aunque pudiéramos —añadió James—, nos falta lo principal.

Sin el escudo y el lápiz no podemos sacar nada en claro. ¡Hay que encontrarlo!

El coronel Gansk sacudió la cabeza tristemente.

—¿Y dónde vamos a buscar? Lo he removido todo.

—Siga usted buscando.

* * *

De la eficacia de Gansk, en su minucioso registro, tuvo James una prueba cuando se retiró a su cabina aquella noche. Por allí había pasado el coronel y no dejó un cajón del armario por remover.

James sonrió mientras colocaba en orden sus objetos y prendas personales.

—Y, sin embargo —díjose—, la señora Traus, si vive, debe de estar en la estación, así como los dos extraños objetos de «Dek».

»Veamos. Hay otra posibilidad que no había pensado. ¿Quién pudo hablar con la señora Traus después que salió de nuestro laboratorio de bioquímica y cirugía?

»Eso fue a las nueve de la mañana o las nueve y media, tres horas después de haber encontrado a «Dek» en su ataúd. De las nueve a la una del mediodía, hora de la comida, la señora Traus tuvo cuatro horas para…

James se detuvo bruscamente. Fue hacia el fonovisor y pulsó el conmutador. Al encenderse la pantalla, un ingeniero de comunicaciones apareció en ella.

—Dígame, Granter, ¿verdad que estaba Krugg de guardia hace dos días?

—Sí, doctor Wend.

—Póngame con él, por favor.

De la pantalla desapareció el rostro del ingeniero Granter, para surgir el de Krugg, que, evidentemente, se había incorporado del lecho.

—¡Ah, es usted, doctor Wend! ¿Qué desea? —preguntó Krugg.

—Perdone que le moleste, Krugg. Necesito saber algo. El otro día, cuando encontramos a «Dek», estaba usted de guardia en la cabina de comunicaciones interiores, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podría decirme si entre las nueve y la una hizo la señora Traus alguna llamada?

—A ver, déjeme recordar… Sí, llamó al doctor Mudek.

—¿Oyó usted lo que hablaron?

—No suelo escuchar las conversaciones privadas. Además —Krugg sonrió—, cuando alguna vez, por casualidad, dejo abierto el control de enlace, escucho unas palabras técnicas que me desconciertan… También llamó al profesor Broger, ahora lo recuerdo perfectamente. Lo llamó a su laboratorio, y, como no estaba, hube de preguntar en varios departamentos, hasta dar con él.

—¿De modo que la señora Traus llamó al doctor Broger? ¿Qué hora era?

—Poco más de las doce.

—¿No oyó nada, por casualidad?

Krugg volvió a sonreír.

—La señora Traus dijo: «Sven, ¿puedes venir a verme?». A lo que el profesor Broger respondió: «Sí, voy inmediatamente».

—Gracias. Cierre. Voy a llamar al profesor Broger.

Krugg cerró su aparato, y entonces James llamó inmediatamente a la cabina de Broger, pero no le contestó nadie. Volvió a insistir, marcando el número del profesor, y obtuvo el mismo resultado. Luego llamó a la cabina de comunicaciones.

—Por favor, Granter, ¿qué ocurre con el visófono del profesor Broger?

—Ya lo veo. No contesta. Debe de estar dormido. ¿Quiere que le busque en otra parte?

—No. Yo mismo iré a ver a Sven Broger. Gracias, Granter.

James abrió la puerta de su cabina y salió al pasillo, ahora, como en las horas de la noche, sumido en la penumbra. Avanzó hacia la puerta del profesor Broger y llamó suavemente.

Enfrente se abrió la puerta de la cabina del doctor Durano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Durano—. Estoy excitado y cualquier ruido me sobresalta.

—Quiero ver a Bro… ¡Eh, qué es esto! ¡La puerta está abierta!

James empujó la puerta y a la luz indirecta del interior vio un cuadro que le heló la sangre en las venas. Bañado en su propia sangre, tendido en el suelo y todavía vestido con su bata azul claro,

estaba Sven Broger, con una enorme y horrible herida en el cuello.

—¡Cielo santo! —exclamó Durano—. ¡Ha sido usted! ¡Yo lo suponía! ¡Lo he descubierto saliendo de ahí!

—¿Qué dice usted, estúpido? —prorrumpió James, fuera de sí—. Yo he venido a verle. Al oír mi llamada a la puerta ha salido usted…

Otras puertas se abrieron, al escuchar los gritos. Sziffra, escultural y maravillosa, con su ajustado pijama blanco, salió también. Inmediatamente empezaron a escucharse gritos, cuando los hombres de ciencia salieron al pasillo y vieron el cuadro que ofrecía Broger, tendido en el suelo.

Fue preciso separar a James, que había atenazado a Durano por el cuello, zarandeándolo como si fuese un pelele, mientras gritaba:

—¡Esto ha de comprobarse ahora mismo! ¡Puedo cronometrar mis minutos y segundos desde que les dejé a ustedes! ¡He estado llamando al ingeniero Granter y al ingeniero Krugg!

La llegada, a medio vestir, del coronel Gansk puso fin a la discusión. A una orden del jefe de la vigilancia, y jefe temporal de la estación orbital, todos se retiraron a sus cabinas.

—¡Y cierren bien las puertas por dentro! —recomendó Gansk, quien empuñaba su extraña pistola de rayos «laser».

En el pasillo, ante la cabina de Broger, sólo quedaron Igenov, Durano, James y Gansk, los cuales penetraron en el pequeño departamento, mientras llegaba la vigilancia militar y el coronel les daba instrucciones para vigilar atentamente.

—De una vez para siempre, doctor Durano —dijo James, enojado—. Yo no he matado a nadie.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Gansk.

—Oí ruido en el pasillo y abrí la puerta —dijo Durano—. Me encontré al doctor Wend ante esta puerta.

—¡Llamaba! Había intentado hablar con Broger para hacerle una pregunta, y como no contestaba, según puede declarar el ingeniero Granter, decidí venir a verle personalmente. Debí suponer que le había sucedido algo al no contestar.

—Comprobaré eso. —Gansk se inclinó para examinar a Broger —. Igual que los otros. Le han rebanado el cuello. Como sigamos así, pronto no quedará nadie con vida en esta nave. ¡He de avisar a la Tierra y ponerlo en conocimiento de mis superiores! ¡Pediré que

nos envíen varias naves rápidas con policía y especialistas! Comprendan que no podemos silenciarlo por más tiempo. Lo siento por la expedición, pero las vidas de todos nosotros son más importantes.

Nadie replicó.

Era preciso rendirse a la evidencia. Quizá, el personal especializado de la policía pudiera averiguar más rápidamente que ellos lo que allí sucedía. La gravedad del asunto había pasado ya de los simples límites de lo esporádico. Por importante que fuese la expedición científica, la vida de tantos eminentes hombres de ciencia era más importante aún.

—¿Están de acuerdo conmigo, señores? —quiso saber Gansk.

—Sí —respondió James—, creo que será lo mejor. Después de todo, si esto se soluciona, tal vez podamos proseguir el viaje. Por mí, puede usted llamar a la base y dar su informe.

—Eso debimos hacerlo desde el primer momento —declaró Terry Igenov.

—Yo tampoco tengo inconveniente. Me alegraré de que un experto releve al doctor Wend en sus aficiones detectivescas.

James miró aviesamente a Durano, pero no dijo nada.

Entonces Gansk fue al visófono y empujó el llamador. En el acto se oyó un chasquido en el interior del aparato y la pantalla no se iluminó.

—¿Qué ocurre?

—Me ha parecido un cortocircuito —dijo Igenov.

—¡Vaya, qué mala sombra! Bueno, subiré yo mismo a la cabina de comunicaciones a dar la orden. ¿Viene conmigo, doctor Wend?

—Sí, le acompañaré. Quiero hablarle de algo.

Igenov y Durano se retiraron a sus respectivas cabinas. Gansk dijo a uno de los soldados:

—Vigilad bien este pasillo y que nadie entre en la cabina del muerto.

—Sí, señor.

En el ascensor, James informó a Gansk de lo que había conseguido averiguar.

—Según el ingeniero Krugg, la mañana en que murieron los otros, la señora Traus llamó al profesor Broger.

—¡Interesante!

—Krugg oyó la conversación. Eran las doce y media, o sea, media hora antes de la comida. Y la señora Traus dijo a Broger que fuese a verle a su laboratorio.

—¿Fue Broger?

—Posiblemente.

—Y ¿no nos dijo nada?

—Ni nos lo dirá. Yo creo que… —James se detuvo de súbito.

Habían salido del ascensor y avanzaban por el desierto pasillo que conducía a la cabina de equipos espaciales. A la izquierda estaba la cabina de comunicaciones… ¡y un alarmante humo blanco salía por debajo de la puerta!

—¿Qué es eso?

Abrieron la puerta y una bocanada de humo les envolvió, sofocándoles. Tuvieron que retirarse y dejar que el humo, producido por el incendio de los cables e instalaciones de la cabina, saliera del pasillo.

Uno de los oficiales de la torre de observación, el astronauta Ripper, que acudió también al no recibir respuesta a su llamada, corrió al extremo del pasillo, pulsó un conmutador de un tablero de control oculto, y comenzó a disiparse el humo.

En pocos minutos, la cabina de comunicaciones quedó visible y pudieron ver al ingeniero Granter, caído sobre la mesa, muerto, y todos los aparatos de radio y telecomunicaciones destruidos. Los cables, al cruzarse, habían originado el incendio.

—¡Lo que nos faltaba! —prorrumpió Gansk—. Lo han destruido todo…

—¡Esto significa que no podemos pedir socorro a la Tierra! —añadió James, palideciendo—. Ni para el caso que nos ocupa, ni para nada… ¡Estamos aislados en medio del espacio!

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó el astronauta Ripper.

—La muerte nos sigue visitando. Será mejor que se armen todos. Lleven siempre la pistola a punto, comandante Ripper. Es un consejo. Parece ser que alguien se ha propuesto liquidarnos a todos y, si Dios no lo remedia, lo conseguirá.

—Pero ¿por qué?

—¡Eso quisiéramos saber nosotros!

—Desde luego, le han matado después de hablar conmigo, no hace ni cinco minutos.

—Venga al despacho del doctor Mudek, doctor Wend. Le daré una pistola paralizante. Creo que es usted el único en quien puedo confiar… Y deseo que esté armado y pueda defenderse… ¡Hay que tratar de arreglar esto! ¡Avisaré a Krugg y a Hinker!

Ripper se fue hacia la torre de observación, pálido como un muerto. James y Gansk avisaron a los ingenieros de comunicaciones y luego se dirigieron al despacho que había sido del doctor Mudek, bajo la torre de observación.

Cuando Gansk hubo cerrado las tres puertas, se dirigió a un armario y lo abrió. Estaba lleno de armas convencionales y modernas, de rayos, de vacío —capaces de disparar en ambientes carentes de aire—, de mucha o escasa presión, y hasta pistolas sumergibles.

—Tenga, doctor Wend, esta pistola paralizante. Una descarga de ella dejará insensible al que intente atacarle, por espacio de varias horas. Llévela siempre consigo. En estos instantes, me encuentro con que sólo puedo confiar en usted.

Los dos hombres se miraron.

—Noblemente, coronel Gansk. ¿Puedo yo confiar en usted?

—Sí, hágalo. Atravesamos una situación muy delicada. Todos nos conocemos aquí. Y le diré, por lo poco que sé, que usted no sabía que el profesor Broger y el profesor Piquer dieron una conferencia, a poco de iniciar el viaje, sobre el funcionamiento del «neurómetro», y por tanto, ignoraba que hubiese un aparato llamado «ciclotor», ni tampoco, porque lo he comprobado, me ha mentido nunca. A usted, como a mí, le interesa averiguar lo que ocurre aquí. Y, si es preciso, lucharemos.

—Sí, lucharemos.

—Ahora, sobre una base de mutua confianza, establezcamos de nuevo los hechos. Aislados en el espacio, sin poder comunicar con la Tierra, hemos de ser nosotros los que descubramos la verdad.

—Estoy de acuerdo, coronel. Trazaremos un plan de acción, encaminado a proteger a los sabios que están en esta estación, y buscaremos el modo de desenmascarar al asesino.

—¿Por dónde empezamos?

—Empezaremos por tomar unas tazas de café.

—Me parece una excelente idea… Pero no tenemos visófono para pedirlo.

—Entonces, pistola en mano, vayamos los dos juntos a las cocinas a pedirlo. No nos separaremos el uno del otro para nada.

—De acuerdo.

CAPÍTULO VIII

De resultas de la conferencia sostenida entre James Wend y el coronel Gansk, a la mañana siguiente, todos los que iban a bordo de la estación orbital, exactamente veintinueve personas, entre científicos, técnicos y personal auxiliar, fueron reunidos, a la luz de las estrellas, y bajo los focos que se encendieron al efecto, en la plataforma de observación número uno.

Gansk se asomó a la ventana principal del despacho de Mudek y se dirigió a todos los presentes en los siguientes términos:

—Señores, la situación es grave. Alguien ataca en la sombra y ya han muerto cinco personas, y sospechamos que la señora Traus haya muerto también.

»Habíamos decidido avisar a la base y comunicar lo sucedido, para pedir ayuda, pero la radio ha sido destruida y estamos aislados.

Un murmullo de alarma cundió entre les reunidos.

Gansk acalló a todos y continuó:

—Por tanto, como jefe de la vigilancia de la estación orbital «W-X-12»,
y por muerte de su jefe, el doctor Mudek, víctima del psicópata homicida causante de estas muertes, he decidido tomar medidas extremas y severas.

»En primer lugar, se suspenden todas las actividades normales de la estación y se observará un estado de alerta absoluto. Los científicos permanecerán en sus cabinas y el personal técnico queda a mis órdenes, movilizado desde este momento.

»Ahora bien, como será preciso salir y entrar, para ir de un sitio a otro, el personal técnico y el de servicio irá siempre por parejas. Sepan que está prohibido salir del interior de la estación. La

vigilancia tiene orden de disparar contra todo aquel que actúe de modo sigiloso y furtivo.

»Esto es lo que hemos acordado. Se les tendrá al corriente de lo que ocurra.

Gansk hizo una pausa, para cambiar impresiones con James, que estaba a su lado. Luego se dirigió a los dos ingenieros de telecomunicaciones.

—Hinker y Krugg, ¿qué posibilidades hay de arreglar las radios y las comunicaciones interiores?

—Puede hacerse, pero necesitaremos tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. —Krugg se rascó la cabeza—. Una semana o quizá más. Hay mucho que hacer y sólo estamos dos.

—Pues vuelvan a su trabajo. Se les protegerá. Los demás pueden retirarse. Y no lo olviden, sigan las instrucciones al pie de la letra.

La reunión se dispersó. Sólo Sziffra quedó rezagada, para dirigirse ante la ventana donde estaban Gansk y James.

—¿Puedo entrar? —suplicó ella.

Gansk miró a James, quien sonrió.

—Yo la abriré. Es mi prometida.

—¡Caramba, la única buena noticia que recibo en estos tres últimos días!

Sziffra entró en el despacho y besó a James.

—¿Puedo ayudar en algo? Encerrada en mi cabina no conseguiré más que desesperarme.

—Es una medida de protección —declaró James—. Pero puedes quedarte, a condición de que no seas tú el asesino que andamos buscando.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Sziffra, sonriendo.

—Nos ayudarás a efectuar un inventario de uso doméstico. Sabemos que el asesino lleva un afilado cuchillo, o algo semejante. Repasaremos las listas e iremos por los distintos departamentos buscando lo que suponemos en poder del asesino. Será un trabajo arduo, pero puede conducirnos a alguna parte.

—También queremos efectuar un nuevo registro, aunque sea dentro de los reactores de ignición —añadió Gansk.

—Será difícil que dentro de esos hornos, con tantos miles de grados de calor, pueda ocultarse nadie —contestó James.

—Es un decir —rectificó Gansk—. Quiero significar que removeremos todas las planchas de la estación hasta dar con el más recóndito escondrijo.

—¿Han pensado que durante el viaje se ha podido introducir un polizón a bordo?

—Sí, lo hemos pensado. Y por eso lo hemos registrado todo. Ahora, vamos. ¿Cree usted que debemos proporcionar una pistola a su prometida, doctor James?

—Sería conveniente.

—Bien, se la entregaré.

* * *

En el inventario llevado a cabo se encontró a faltar un bisturí del quirófano.

—Eso puede ser el arma homicida —declaró Gansk—. El asesino debió de llevárselo cuando mató a Mudek y Piquer.

—Es plausible. Y, por tanto, ya hemos averiguado algo. Ahora hemos de descubrir quién tiene el bisturí de las características que indica el inventario.

—Si está en la nave, lo encontraremos —declaró Gansk, convencido de que ahora no dejaría de registrarlo todo, pues él personalmente se iba a encargar de la búsqueda.

Estaban examinando el laboratorio de paleontología, cuando el soldado Kuban entró para hablar con Gansk.

—Perdone, señor. Pero el comandante Ripper pide permiso para hablar con usted.

—Hágale venir.

El astronauta Ripper no tardó en llegar, saludando al entrar.

—¿Qué ocurre, Ripper?

—Una anomalía que nos preocupa. Ya sabe usted que seguimos una órbita precalculada, y que nos auxiliamos con dos motores de reacción atómica para rectificar el rumbo.

—Sí, no entiendo mucho de navegación cósmica, pero algo he leído sobre eso. ¿Y cuál es el problema?

—Al hacer las anotaciones estelares he comprobado dos veces seguidas, ayer y hoy, que sufrimos una acentuada desviación.

—¿Atracción gravitacional? —preguntó Sziffra.

—Eso podría ser una causa.

—¿Hay otras?

—Sí, muchas, entre las que cabe señalar error de cálculo.

—Pues rectifique usted ese error y continuemos —terminó Gansk.

—Es que hay otra, señor.

—¿Y bien?

—Si una de las toberas de ignición estuviese obstruida, también tendríamos desviación.

—¿Una tobera obstruida?

—Sí, como si un objeto extraño se hubiese alojado en ella.

—Pero ¡se fundiría en pocos segundos! —exclamó James.

—Eso digo yo.

—Sin embargo, la tobera no se funde —aclaró Ripper—. Está hecha de un material especial.

—¡El escudo! —exclamó James, rápidamente—. Es de un metal extraño, durísimo y liviano y… ¡Puede que alguien lo haya arrojado dentro de la tobera! ¡Hemos de ir allá y apagarla, para poder entrar en el interior!

—Es posible que tenga usted razón… ¡Y yo dije que registraríamos hasta los reactores! ¡Pues lo haremos! —terminó Gansk.

—¿Sufriremos algún contratiempo por apagar esa tobera, comandante Ripper? —quiso saber James.

—Naturalmente.

—Pero ¿se puede compensar?

—Sí. Anotaremos la duración del tiempo que esté apagada y lo recuperaremos después. De todos modos, con esa obstrucción será necesario hacer rectificaciones.

—Llame a los mecánicos. Nosotros presenciaremos la operación.

—Vamos, pues, hacia los dominios de las máquinas.

Fue preciso bajar hasta donde estaban instaladas las complicadas y perfectas máquinas que hacían funcionar la estación orbital. En aquella especie de «sentina» de la nave no existían las comodidades de la parte superior. Escaleras de hierro, pasarelas enrejadas y extraños olores reinaban por doquier.

El jefe de mecánicos les indicó el camino.

—Tendrán que ponerse los trajes antitérmicos —explicó—.

Acercarse a las toberas sin protección es suicida.

—¿Qué temperatura reina allí? —quiso saber James.

—Más de cien grados, a veinte metros de la salida de toberas. En el interior de éstas es de dos mil quinientos, y cuando se fuerza la marcha, llega a los cinco mil.

—Capaz de fundir el acero más sólido.

—Es un calor espantoso, créanme. Pero yo he tenido que entrar en una tobera igual a ésas para desobstruir varios pasos.

—¿Que ha entrado usted con la tobera encendida? —preguntó Sziffra, atónita.

—Tal y como lo oye. No se asombre. Lo hago con un equipo especial. Con oxígeno y alimentos concentrados, una persona puede vivir ahí dentro durante el tiempo que quiera.

—¿No me diga? ¿Cómo es posible eso?

—Empleando la «araña» metálica. Uno se mete dentro de ella, la hace funcionar y puede introducirse en el interior de la tobera más incandescente del mundo. La «araña», señores, es como un pequeño tanque, rodeado de capas sucesivas de gases licuados a temperaturas casi absolutas, que compensan el fuerte calor reinante. Estoy convencido de que una astronave, protegida como una «araña», podría cruzar la atmósfera solar.

—¿Quiere usted mostrarme esa «araña»? ¿La tienen aquí?

—Sí, llevamos una en la cámara de herramientas. Por cierto, ayer la estuvieron registrando sus hombres, coronel. Se empeñaron en que dentro podía esconderse el cuerpo de una mujer que había desaparecido… Es por aquí.

Entraron en una cámara, en la que estaban cuatro mecánicos cubiertos con ropajes de grueso amianto, trabajando ante los controles de las toberas. El calor era fuerte allí, y por eso debían ir aquellos hombres pertrechados con equipos especiales.

—Ésta es la «araña» —dijo el jefe de mecánicos, mostrando una caja, en cuyo interior había algo parecido a un tanque individual, con tentáculos articulados—. Estas patas se manejan desde el interior. Es fácil. ¿Quieren una demostración?

—No es necesario. Con que veamos su interior, nos basta —dijo Gansk.

El jefe de máquinas, obsequioso, abrió la compuerta, mostrando el vacío interior.

Primero lo examinó Gansk y después James, quien estaba a punto de retirarse cuando observó algo en el piso. Pasó el dedo sobre lo que consideró una mancha.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Parece sangre —dijo Gansk—. Sangre fresca.

El jefe miró el dedo de James con expresión de perplejidad.

—¿Sangre? ¡Será pintura escarlata!

—Con el calor que hace aquí dentro, la sangre no se coagularía, me parece. Soy bioquímico. ¿Ha estado alguien aquí dentro últimamente?

—No. La «araña» no se hace servir nunca.

—¿Y hay siempre alguien aquí de guardia?

—Aquí, exactamente, no. La vigilancia se hace afuera, en la cabina. Hoy hemos entrado por la queja que nos ha hecho la torre. Estamos comprobando si hay alguna fuga.

—Hemos de revisar todo esto, coronel —dijo James—. Si alguien se hubiese ocultado ahí y hubiera dejado un bisturí manchado en el suelo del interior de la «araña», el calor habría impedido que la sangre se coagulase… ¡Es mejor que salgas, Szif; estás sudando!

—Sí, siento un ahogo terrible. Les esperaré afuera.

Sziffra se fue.

—Apaguen la tobera —ordenó el comandante Ripper—. La examinaremos.

Los mecánicos, enfundados en sus trajes de amianto, se pusieron debajo de una ducha para mojar sus ropas, y luego treparon por una pasarela, al objeto de entrar en la cámara contigua. Allí empezaron a cerrar válvulas.

El intenso ruido del fuego, surgiendo hacia el espacio abierto, decreció lentamente.

Mientras esperaban, James, Gansk y Ripper se mojaron la cabeza en las duchas. Cuando se secaban, James dijo:

—Puede que aquí encontremos algo. Sospecho que sus hombres no debieron registrar esto convenientemente.

—Le comprendo, Wend. Éste no es sitio para entretenerse mucho en mirar los agujeros. Y abrir una compuerta puede significar la muerte, si surge un chorro de fuego desviado… ¡Pero nosotros no dejaremos ni un rincón que remo…!

¡Un grito de espanto interrumpió a Gansk!

Estupefactos, todos se volvieron a la compuerta exterior, de la que procedía el grito. Como un solo hombre, salieron atropelladamente.

James había reconocido el grito, como procedente de la garganta de Sziffra y temía que le hubiese ocurrido algo. Su asombro fue inmenso al cruzar la compuerta y ver a la muchacha colgada de uno de los hierros de una pasarela… ¡Y a alguien, encima de ella, vestido con una bata azul claro, golpeándole las manos para obligarte a soltarse!

¡Si Sziffra se hubiera soltado, su caída de treinta metros de altura habría sido fatal!

Por fortuna, la aparición de los cuatro hombres puso en fuga a la persona que atacaba a Sziffra, la cual desapareció por aquellos vericuetos metálicos, hacia la parte superior.

El jefe de máquinas fue el que actuó con más celeridad, corriendo como un gamo por la escalerilla, hasta alcanzar el lugar del cual colgaba precariamente la geólogo, logrando sujetarla por los brazos. Luego llegaron James y Ripper y entre todos la izaron.

Sollozando histéricamente, Sziffra se abrazó a James y gimió:

—Surgió de pronto, de ese ángulo… Llevaba una máscara de amianto en la cabeza… ¡Me empujó sobre la barandilla y me echó fuera!… Pero yo me aferré a los hierros y grité…

Gansk no se había entretenido en ayudar a Sziffra, sabiéndola en buenas manos, sino que corrió hacia el lugar donde viera desaparecer al individuo de la bata azul.

Llevaba la pistola en la mano, dispuesto a disparar sobre el primero que encontrase, y lo que halló fue que la puerta de salida había sido cerrada desde el exterior. Golpeó sobre ella con todas sus fuerzas, sin conseguir nada más que atraer al jefe de máquinas, que se le acercó diciendo:

—¿Quién la ha cerrado?

—¡El asesino!

—Pues menuda jugarreta nos ha hecho… ¡Ahora no podemos salir de aquí!

—¡Hemos de avisar a mis hombres que vengan a abrirnos!

—Las comunicaciones están cortadas, ¿no lo sabe?

De sobra lo sabía Gansk, quien se dio a todos los diablos,

jurando en varios idiomas, al par que se mesaba los cabellos. Cuando se acercaron Ripper y James, con Sziffra, barbotó:

—Hemos tenido al asesino al alcance de nuestras manos y se nos ha escapado. ¡Ahora se encuentra arriba, y Dios sabe lo que estará haciendo! ¿No hay otro modo de salir de aquí?

—¡Cuando nos echen de menos, puede que alguien venga a buscarnos!

—¿Y cuándo será eso? —gritó Gansk.

—Vaya usted a saber.

Sziffra tenía las manos magulladas, a causa de los pisotones recibidos, y James rasgó su pañuelo para vendarla, provisionalmente.

—Si llegas a caer desde esa altura, te habrías podido matar.

—¡No me lo recuerdes! ¡Qué susto he pasado!

—Y ¿no pudo ver nada que nos ayude a identificarle? —preguntó Gansk.

—No, coronel. Le repito que llevaba el rostro tapado con una capucha como la que emplean esos hombres de ahí abajo. Ni siquiera se le veían los ojos… ¡Fue todo tan fugaz!

—Y ¿qué hacemos para salir de aquí? —preguntó Ripper—. No podemos estar cruzados de brazos, sabiendo que el asesino está arriba.

—Que vaya con cuidado o mis hombres le matarán sin previo aviso —mascculló Gansk.

—¿Y la «araña»? ¿No podemos utilizarla para salir a través de la tobera? —preguntó James, de pronto.

—¡Claro que sí! —contestó el jefe de máquinas—. No había pensado en eso. Yo mismo lo haré. Saldré al exterior, me pegaré a la estructura metálica con las pinzas y subiré a la plataforma. Desde la torre han de verme y me franquearán el paso a la cabina de vacío… ¡Voy a intentarlo!

Como un simio, el jefe de máquinas se deslizó por la escalerilla, mientras gritaba:

—Espérenme ahí. No tardaré ni un cuarto de hora en volver y abrirle.

* * *

Efectivamente, dieciocho minutos exactamente después, la compuerta se abrió y apareció el jefe de máquinas, acompañado por los soldados Wagner y Remy.

—¿Qué les ha sucedido, señor? —preguntó Wagner.

Gansk soltó un bufido y salió a través de la compuerta.

—El asesino estaba oculto aquí y escapó hacia el exterior. ¿No han visto nada sospechoso por ahí fuera? —preguntó James.

—Nada, doctor.

—Cierren esta puerta y que no entre ni salga nadie. ¿Me oyen?

—¡Mis hombres están dentro! —exclamó el jefe de máquinas.

—Que examinen la tobera y vean si encuentran algo. Sospecho que el asesino no se atreverá a utilizar este refugio… ¡Y pida usted a la Virgen que le proteja, si averiguo que tiene usted alguna relación con ese demente!

Precedidos por Sziffra, James y Ripper, Gansk subió hacia las dependencias interiores. Sus hombres vigilaban los puestos indicados, pero la estación orbital tenía más recodos que el laberinto de Creta, y nadie había visto nada.

—Sin reparo, disparad contra el primero que no se detenga a la voz de alto —reiteró Gansk—. La señorita Sziffra Khasi por poco muere hace un momento al ser sorprendida por ese monstruo homicida.

—Descuide, señor.

Aquella orden severa había de ser la que pusiera fin a la vida de un extraño ser que llevaba viviendo más de veinte mil millones de años.

El soldado Kuban, provisto de un rifle desintegrador, oteaba en la cubierta número dos, hacia los hangares en donde estaban las naves auxiliares de exploración.

Él fue quien vio una sombra deslizarse por una de las cintas sin fin y corrió hacia allá.

Tenía un emisor portátil, de los empleados en los equipos de vacío, y pidió a la torre de observación:

—¡Luz a la plataforma número dos! ¡Enciendan los focos, pronto!

Un compañero suyo corrió hacia él.

Al mismo tiempo, de la puerta de un hangar surgió un destello ígneo y el compañero de Kuban lanzó un grito y se desplomó.

Kuban ya no esperó a que se encendieran los focos. Levantó el fusil y disparó un chorro mortífero, en abanico, oyendo un grito espeluznante y el golpe sordo de un cuerpo al caer.

La cinta sin fin prosiguió su marcha, y el cuerpo caído fue arrojado al otro extremo. Cuando se encendieron los focos y Kuban pudo examinar aquel cuerpo, vio que se trataba de «Dek», el hombre del sarcófago. Había sido segado por la mitad.

Y la noticia llegó rápidamente hasta Gansk, quien acudió, seguido de James y Sziffra.

CAPÍTULO IX

—¿Cómo ha podido salir de su encierro? —exclamó Gansk, frenético—. ¿Quién estaba de vigilante allí?

—El soldado Llebra, señor —contestó otro de los vigilantes—. Relevó a Wagner.

—¡Ve a buscar a Llebra y tráemelo arrastrando!

James, que se había inclinado sobre «Dek», dijo:

—No cabe duda. Sus días han terminado. Incluso su corazón metálico ha dejado de latir.

—Pero ¡este individuo no fue quien me atacó en la pasarela de la sala de máquinas! —exclamó Sziffra—. Al menos, no llevaba estas ropas.

—Lo sé —dijo James—. Empiezo a sospechar la verdad. Creo que el asesino está suelto todavía, y no me extrañaría nada que estuviera ahí dentro, en el hangar.

—¡Desde esa puerta dispararon contra Hugo, señor! —Pareció recordar de pronto Kuban—. Dispararon con una pistola desintegradora.

—¡Atrás todo el mundo! ¡A mí la vigilancia! ¡Que vengan todos! —empezó a vociferar Gansk.

Sziffra se alejó corriendo, mientras la tropa, al mando de Gansk y con ellos James, se acercaba a la puerta del hangar. Estaba cerrada.

—¿Tiene otra salida? —preguntó James.

—No, que yo sepa —contestó Gansk—. Y creo que, si el asesino está ahí, le tenemos acorralado.

—O él a nosotros. Si abrimos, y sale con la astronave, embistiendo la cúpula de cuarzo, provocará un cataclismo.

—¿Cree usted que se atreverá a hacer eso? —inquirió Gansk,

perplejo.

—Es evidente que pretendía escapar, llevándose a «Dek» en una nave. La señora Traus es muy hábil.

—¡La señora Traus! —Gansk se volvió a James, atónito—. ¿Cree usted que es ella…?

—Estoy seguro. Y pronto lo sabremos. —James se volvió a Kuban y le dijo—: Deme esa radio. Quiero hablar con la torre. —El soldado obedeció y James llamó a Ripper—: Oiga, comandante, hábleme del hangar número dos.

—¿Qué desea saber?

—La nave de exploración que hay en él puede salir si abrimos la compuerta, ¿verdad?

—Debe ser empujada hasta la plataforma de despegue. Luego se abre la cúpula, se retira el aire, para su aprovechamiento, y la nave auxiliar puede despegar.

—¿Qué ocurriría si embistiera contra la cúpula? ¿La rompería?

—De ningún modo, doctor Wend. La fuerza de empuje inicial de la astronave auxiliar sólo le permite elevarse.

—¡Yo las he visto salir violentamente de la plataforma hacia el espacio! —exclamó James.

—Naturalmente, porque nosotros quitamos durante unos segundos la gravedad artificial de la estación… Pero ¡ahora no ocurrirá esto, descuide!

—Gracias, Ripper. ¡Es usted genial!

Gansk, que había oído la conversación, sonrió.

—¿Podemos atacar?

—Podemos atacar, señor.

A una señal de Gansk, varios hombres se deslizaron hacia la compuerta del hangar. Luego empujaron la plancha metálica y la abrieron.

En el mismo instante se oyó un rugido.

—¡Atrás! —vociferó Gansk—. ¡Cuidado con el escape de los reactores!

Los soldados saltaron hacia atrás en el instante en que el morro plateado y puntiagudo de una astronave de exploración surgía por la compuerta.

James la vio aparecer y enderezarse hacia el cielo… ¡Pero, pese al chorro de llamas que surgieron de sus toberas, y que les obligó a

todos a correr, para no resultar chamuscados, el aparato no logró remontarse, reventando uno de los depósitos con fragoroso estruendo!

Todos los soldados que se encontraban en la plataforma número dos cayeron al suelo a consecuencia del rebufo. También la astronave se ladeó y quedó volcada sobre la plataforma.

James fue de los primeros en ponerse en pie, con la pistola en la mano.

—¡Está dentro! ¡Cuidado que está armada!

Una docena de armas apuntaron hacia la compuerta de la carlinga.

—¡Salga de ahí, doctora Traus! —gritó Gansk— ¡No tiene escapatoria!

Nadie contestó.

Pasados unos minutos, James avanzó solo.

—Puede que esté desvanecida, a consecuencia del golpe. Yo la sacaré.

—Y ¿si está vivita y coleando? —preguntó Gansk—. Recuerde que va armada.

—Correré ese riesgo.

Y, ante el asombro de todos los presentes, y de los astronautas de la torre, James se encaramó sobre la estructura de la nave exploradora, aferrándose a los salientes, hasta llegar a la compuerta.

Una vez allí, agarró el asidero y se asomó al interior, mirando a través de la angosta mirilla. En aquel momento pudo haber muerto, si el asesino que había en su interior hubiese disparado su arma desintegradora.

Pero no fue así.

James se volvió hacia donde Gansk estaba esperando, con el corazón en un puño, y gritó:

—Está conmocionada.

—¿Es ella? —preguntó Gansk, dudando aún.

—Sí, es la señora Traus. Hace tiempo que lo sospechaba.

* * *

Cuando la señora Traus abrió los ojos, en la enfermería de la

estación orbital, una dependencia auxiliar del quirófano del doctor Mudek, se halló sujeta con sólidas correas a una cama metálica.

Ante ella, examinándola con curiosidad y repugnancia, estaban Gansk, James, Sziffra y cuatro vigilantes.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó James, casi con dulzura.

La paleontólogo miró al joven bioquímico y apretó los labios.

—¡No conseguirán que diga una palabra! —masculló.

—No se preocupe, lo sabemos todo. Hemos encontrado el escudo y el oscilador. Lo mismo que descubrió usted, lo hemos descubierto nosotros. ¿No temía que se fundiera todo dentro de aquel gigantesco horno que es la tobera?

—¿Cómo lo encontraron? —Presunto la señora Traus.

—Cometió usted muchos errores. El más grave fue suponer que en la tobera no encontraríamos nada, porque no nos atreveríamos a mirar. Pero la obstrucción de un objeto extraño nos hizo perder velocidad y en el puente se dieron cuenta. Tenía usted otro oscilador magnético, ¿verdad?

—Sí.

—En el inventario lo registró como un fósil, del que estaba encaprichada.

—Sí… ¡Era el único vestigio que quedaba de la anterior humanidad! —exclamó la señora Traus, con fuego en los ojos—. Lo encontré en una cueva de los montes Tibesti, en Tchad… ¡Tenía veinte mil millones de años de existencia!

—Lo supuse. Ese oscilador está hecho de un material extraño, que nada puede destruir. Eran muy hábiles nuestros antecesores, los otros humanos.

—¿Ha leído usted la reliquia? —preguntó la señora Traus, agitada por un extraño nerviosismo.

—Sí, la palabra «dek» nos facilitó la clave.

—¡Ah, todo se ha perdido!

—¿Qué se proponía usted? —preguntó Gansk ceñudo—. ¿Por qué ésa orgía de sangre?

—¡Todos ustedes me sobraban! ¡El secreto de ese gran poder era mío! ¿Qué querían? He perdido mi existencia dedicada a la búsqueda del pasado, y cuando lo encuentro, ¿iba a repartirlo con quienes tanto daño me hicieron?

—¿Daño?

—Sí, ¡ustedes! Yo tenía un amor. El único hombre que me quiso… ¡Y me lo mataron en Oriente, en aquella guerra bestial y endemoniada! Hube de sufrir mil muertes por aquel dolor tan grande. Yo no soy como ustedes. Mi sensibilidad era distinta, soy distinta, y aunque me desintegren, hasta mi espíritu será distinto… ¡Y la reliquia me facilitaba el modo de vengarme de la necia humanidad que mató al único hombre que me miró con ternura!

»¡Maté a esos hombres porque me estorbaban, pero mi intención era destruirlos a todos, aniquilarles y huir, para ir sola en busca de las fuentes del saber!

—¿Es que creyó usted que aún existe el lugar que se describe en ese escudo como el planeta Marte?

—¿Qué quiere decir? ¡Claro que existe! ¿Es que no vio usted en el «neurómetro» la imagen de
«T’xa»,
el individuo del millón de años que dio a Kromer su corazón eterno y le envió con el mensaje de la fuente del saber?

—¡Eso es una patraña! —declaró Gansk, furioso—. Y por eso ha matado usted a hombres buenos y sabios… ¡Por una burda farsa, un mito de unos antecesores que creían en brujas y en sueños esotéricos!

—Además hasta el Sistema Solar ha cambiado desde que se escribió ese mensaje —añadió James.

—¡Usted lo ha interpretado mal! —rugió aquella mujer—. Usted no sabe una palabra de paleontología… ¡Es capaz de ver un emisor de oscilaciones magnéticas y tomarlo por un guijarro del neolítico! Lo que dice el mensaje del «dek» es cierto. Existe
«T’xa»
y su poder omnipotente. Óiganme, les hago una proposición: déjenme ir a ese mundo, comprobar la gran e inmutable verdad y les haré partícipes del poder más grande que hayan conocido jamás. ¡Yo pensaba emplearlo yo sola, pero lo compartiré con ustedes!

James se volvió a mirar a Gansk y le guiñó el ojo, asintiendo con la cabeza. Luego se volvió a la señora Traus.

—La llevaremos allí, con una condición.

—¿Cuál?

—Cuéntenos como sucedió todo. Cómo mató a Henry, cómo se produjo la niebla escarlata, por qué mató a Broger… En fin, todo

cuanto ha hecho y dónde ha estado escondida estos días.

—Se lo contaré. Todo empezó la mañana en que encontraron el ataúd flotando en el vacío. Cuando lo entraron y vi el oscilador magnético, exactamente igual al que yo había encontrado en Tibesti, comprendí que me encontraba ante uno de los vestigios vivientes de aquella otra humanidad que yo había entrevisto y que, por cálculos, supuse que había existido en la Tierra veinte mil millones de años atrás.

»Inmediatamente, pedí al doctor Mudek que me dejase examinar el oscilador. Lo comparé con el que yo guardaba y eran exactos. Sólo había una diferencia, y era que el mío no funcionaba, y el destinado a interpretar el «dek», sí. En el vacío del espacio, no se deterioró, mientras que el mío debió de ser afectado por la humedad o alguna fuerte sacudida eléctrica.

»Por eso les pedí que me dejasen examinar el "dek". Yo sabía lo que usted me dijo. Sólo tenía que leerlo. Y lo hice, quedando asombrada.

»Yo sentí siempre un afecto grande por el profesor Broger. Al acabar de leer el mensaje, le llamé para decírselo. Pero antes de que viniera, me arrepentí. Decidí que se lo diría en el caso que quisiera aceptar compartir conmigo su vida. Se lo insinué y se echó a reír. Me llamó vieja histérica y se fue.

»Entonces decidí matarlos a todos, no dejar a nadie con vida, destruirlos y escapar con el mensaje. Por si existía algún error, también decidí llevarme a Kromer conmigo. Yo sabía cómo reanimarle, hacerle despertarse después de su prolongado sueño. Sólo necesitaría un tiempo que calculé en dos semanas.

»Los demás tenían que morir, como murió el guardián de Kromer.

»Por eso, cuando apareció Henry, le maté. Pero el muy estúpido dio la alarma en el último instante y hube de ocultarme en la cabina de Sziffra, donde tracé mis planes.

»En primer lugar, me interesaba que Kromer fuese devuelto al espacio, donde yo le recogería. Y avisé a Szif del peligro que yo misma representaba.

»Luego me escondí en la "araña" que los mecánicos tienen en la sala de máquinas. Conocía al dedillo toda la estación, porque, como paleontólogo, las exploraciones subterráneas son mi predilección

desde muy joven.

»Con la “araña” articulada, llevé mi tesoro hasta el interior de la tobera, metiéndolo todo en una caja de acero especial y cubierta refractaria… Bueno, ya la han encontrado. No podía fundirse.

»Supe que me buscaban y burlé con habilidad a sus torpes vigilantes, coronel. Para mí no fue difícil escabullirme por todas partes, jugando a los ascensores, e incluso en las salas de máquinas.

»Mi intención era matarles a todos antes de huir con una astronave de exploración. Y tenía tiempo para ello. Por eso maté al doctor Mudek y a Hans Piquer, que hurgaban demasiado en la mente de Kromer, y habrían podido sacar la verdad de
«T’xa».
Los maté y me llevé el «ciclotor» del «neurómetro».

—¿Y la niebla roja? —preguntó Gansk.

—Fue cosa de Kromer. Tiene defensas propias. El miedo creaba en su organismo un vaho que, al ser expulsado rápidamente de sus pulmones, podía llenar una habitación con niebla roja. Yo me asusté, al creer que era un gas venenoso. Pero luego me reí y comprendí la verdad.

»Kromer, cuando sentía miedo, y esto es un reflejo instintivo en él, respiraba muy aprisa. Al verme matar a Mudek y Piquer, su instinto reflejo actuó en su defensa, y se protegió de mí, ocultándose en un medio en el que sólo él podía verme.

»Así fue como me llevé el «ciclomotor». Si hubiesen utilizado de nuevo el «neurómetro», en la mente de Kromer habrían visto como ejecuté a Mudek y Piquer, ¿comprenden?

—¿No se lo dije, coronel? —preguntó James—. Exactamente igual que se lo conté.

—¡Es asombroso!

—No, es deducción.

—Ya lo saben todo. ¿Verdad que cumplirán su palabra?

—¡Claro que sí! —respondió James a la súplica de la imposibilitada paleontólogo—. No faltaría más.

Salió de la cabina de la enfermería, seguido de Sziffra y Gansk, con la ironía en los labios.

* * *

Aquella misma tarde, en el salón de lectura de la estación orbital, James Wend dio una conferencia sobre los acontecimientos, ilustrándolo todo con un escudo y un oscilador magnéticos que parecía un cigarro puro.

—Atiendan, señores. Yo pasaré el oscilador sobre los puntos del «dek». Oirán una serie de sonidos pues bien, esos sonidos son ideas que nuestra mente interpretará en el lenguaje que cada uno tenga. No son palabras, ¡sino una grabación telepática de alguien, posiblemente ya desaparecido, y cuyo talento hemos de descubrir al mundo a través de esto!

Se produjeron murmullos entre los asistentes. «Ah, y oh» y asombro, y exclamaciones como éstas:

—¡Asombroso!

—¡Increíble!

—¡Fantástico!

—Sí, caballeros. Ésa fue la idea de quien termina diciendo, en su lengua, que se llama
«T’xa»
y que espera a la civilización universal, en su refugio del Cuarto Planeta, para guiarle por el sendero de la sabiduría eterna.

»Pero, en el supuesto de que la doctora Traus hubiese conseguido llegar hasta
«T’xa»,
y en caso improbable de que ese ser exista aún, ¿qué creen que hubiese hecho con ella, al conocer las muertes causadas para quedarse con la exclusiva de su descubrimiento?

Hubo caúticos comentarios entre el auditorio.

—¡La hubiese aniquilado! —exclamó Gansk—. En cambio, nosotros la tendremos aquí, bien atendida, para ser entregada, al fin del viaje, a las autoridades.

No hubo comentarios. Todos tenían curiosidad por ver funcionar el «telesensor», que James Wend se disponía a accionar con el oscilador magnético.

—Les ruego que guarden silencio y se concentren. Vamos a oír el mensaje que nos envía un ser que vivió hace veinte mil millones de años.

Un intenso silencio se hizo en la sala.

Al momento, pasando lentamente el oscilador sobre el escudo,

una serie de gruñidos llenaron la sala. Y los cerebros de todos los allí presentes captaron las siguientes palabras, que las mentes de cada uno iba traduciendo en ideas:

»Ser de los espacios que habéis hallado a Kromer, mi mensajero del bien, y que habéis leído mi escritura. Yo os saludo. Pertenezco a una civilización que habita en el Tercer Planeta, el que las aguas cubren en su quinta parte y forma vastas islas llenas de pueblos que viven entre sí en paz y trabajando por el sustento y sirviendo a su Dios con devoción, porque Él les dio vida, la luz roja que los alumbra y el fuego en los ojos para poder ver y admirar las maravillas de su Creación.

»Yo, siervo de Dios, he viajado desde el Tercer Planeta hasta el Cuarto Planeta en una nave fabricada por el hombre. Y aquí he instalado mi sede, rodeado de siervos queridos, a los que he dado vida eterna, a semejanza de la de Dios, injertándoles un corazón de ritmo inagotable.

»Yo tampoco moriré nunca. Lo sé. Llevo en este mundo miles de años, y mi aspecto se va deformando por la vejez. Mi cuerpo, antes esbelto y bien formado, con cabeza, tronco, dos brazos y dos piernas, se ha transformado. Soy algo horrible de ver. Tengo una cabeza enorme, tres ojos, porque hace mil años que me surgió una luz en la frente y ahora veo a través de los cuerpos más opacos.

»Soy un monstruo, lo sé, y me niego a salir de mi refugio, de este laboratorio que he construido con ayuda de mis sirvientes. Aquí moriré alguna vez, porque sé que no hay nada eterno, excepto Dios, y porque su piedad hacia mi soberbia me alcanzará algún día.

»Pero antes quisiera revelar a los que fueron de mi raza, a sus sucesores, si los hubo, o a los que viven o vivían en el Tercer Planeta de este Conjunto Solar, en torno al cual giramos siempre, todo cuanto bueno he descubierto de las inmutables leyes de la naturaleza, del Universo y del más allá, insondable e infinito, para así ganar gracia a los ojos de mi Dios y conseguir su perdón.

»El que venga hasta mí, después de haber leído este mensaje, si es que alguna vez encuentra a mi fiel y dormido Kromer, quien despertará pocos días después de ser extraído de su encierro, y en otros pocos estará en condiciones de guiaros hasta mí, será heredero de la fuente del poder absoluto. Será el más sabio entre todos los sabios y, por añadidura, el más rico, y sólo por encima de él estará

Dios.

»Venid, humanos, el más viejo de todos los viejos del Universo, os espera. Y no os horroricéis al verme. Seré sólo una sombra en la penumbra de mi sala para vosotros.

»He vivido más de un millón de años y estoy muy cansado… ¡extremadamente cansado! Venid pronto junto a
«T'xa».

Al apagarse el mensaje telesensacional, los hombres de ciencia se quedaron mirando a James Wend de un modo hipnótico.

—¿Es eso cierto? —preguntó el doctor Durano.

—Lo ignoro —contestó James, muy serio—. Pero de una cosa estoy cierto. Y es que jamás llegaremos a ese lugar que él llama el Cuarto Planeta, porque el único que podía guiarnos ha muerto. ¡Por eso, les aconsejo a ustedes que consideren esto como una absurda patraña, y mantengan siempre que, antes de la nuestra, no existió ninguna otra humanidad!

—Pero…, ¿esas pruebas? —exclamó Terry Igenov, cuya mente había parecido siempre a james tan retorcida como la de la propia señora Traus.

—¿Estas pruebas?… Serán destruidas. Los cuerpos de las víctimas serán incinerados y nadie contará jamás lo que aquí ha sucedido. Para el mundo, nuestros compañeros habrán muerto en el cumplimiento de su deber.

—¿Cree usted que es mejor así? —preguntó un zoólogo.

—Estoy convencido de ello. La historia no puede ser cambiada ahora; y mientras el mundo sea como nosotros le hemos conocido, es preciso ser humanos antes que otra cosa.

—De eso estoy convencido —afirmó el coronel Gansk.

—Por tanto —continuó James—, reanudaremos nuestra exploración pacífica del espacio, estudiaremos para la ciencia y aplicaremos al servicio de la humanidad actual todo aquello que nosotros consideremos conveniente, a fin de perfeccionar la raza, curar las enfermedades, defendernos contra nuestros enemigos y vivir como Dios manda.

Hubo un murmullo de aprobación, y la asamblea se dio por terminada.

* * *

Horas después, en el comedor, Sziffra se inclinó hacia James, por encima de la mesa.

—Hay algo que no he acabado de comprender, James.

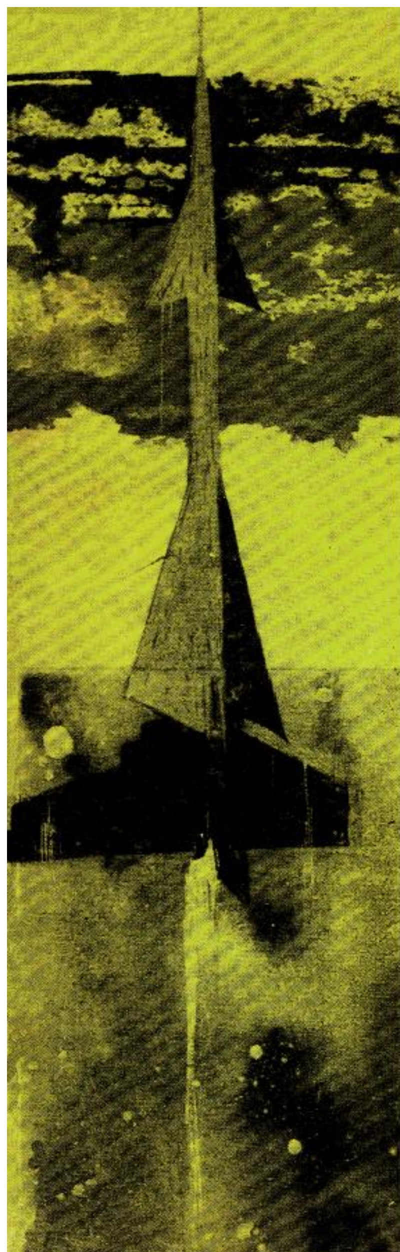
—¿Qué es ello?

—¿Cómo sacó la señora Traus a Kromer, o «Dek», como tú le llamas, de la cabina donde estaba encerrado?

—Tenía un vigilante en la puerta, un tal Llebra, a quien mató de un disparo. Es evidente que la señora Traus consiguió apoderarse de un arma del despacho de Mudek… Y te lo ruego, querida. No hablemos más de esto. El asunto ha quedado terminado para siempre.

—Sí, mi amor. Lo que tú digas.





Próximo número:

**Un reino de máquinas,
donde el hombre
no podía penetrar:
¡era el dominio
de los robots!**

PROHIBIDO A LOS HUMANOS

por

Clark Carrados

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.

Notas

[1] Según el rito vudú, de las islas de las Antillas, el «zombie» es una especie de muerto «viviente». (N. del A.). < <

[2] Siglas de «Comité Científico Mundial», aludidas anteriormente. (N. del A.). < <